

CLARK CARRADOS

UN CASTILLO EN ESCOCIA



COLECCION ¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

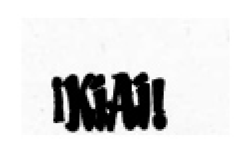
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

1. — La secta del dragón bicéfalo — *Ralph Barby*.
2. — Hombres sin alma — *Clark Carradas.*
3. — La sombra del Samurai — *Curtís Garland.*
4. — Coro de ángeles — *Lou Carrigan.*
5. — Budokas contra la gripe — *Ralph Barby*.

CLARK CARRADOS

UN CASTILLO EN ESCOCIA

Colección ¡KIAI! n.° 22
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 11.895 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,** S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPITULO PRIMERO

La llama azul mordía vorazmente la brillante superficie metálica. Era fácil ver que sólo faltaban unos minutos para que el hombre del soplete diese por concluida su tarea.

Eran dos, y ambos vestían de idéntica manera: *pullóver* alto, negro, pantalones del mismo color y una especie de capucha, muy ajustada a la cabeza y que sólo dejaba visible el óvalo justo de la cara. Los dos sujetos, naturalmente, llevaban puestas gafas protectoras contra el resplandor de la llama de oxiacetileno.

De pronto, el que manejaba el soplete suspendió su tarea. Redujo la potencia de la llama, sin apagarla por completo, se subió las gafas protectoras y luego, con la mano izquierda, se limpió la frente.

—Estoy sudando —dijo.

—Vamos —sonrió el otro—, ya falta poco.

—Muchacho, hemos tenido que trabajar por partida doble, pero tú ya has descansado, mientras que yo he continuado. ¡Anda, dame un pitillo!

—Tenemos prisa...

—Un par de bocanadas de humo, hombre.

—Está bien.

El del soplete aspiró, complacido, el humo del cigarrillo. De pronto, reparó en algo que le hizo sentir cierta preocupación.

— ¡Mike, la ventana! Me parece que esa manta se ha soltado, en parte —observó.

Mike encendió la lámpara portátil y se acercó a la ventana. Comprobó que la manta se hallaba en perfectas condiciones y regresó junto a su compañero.

—Todo está en orden, Artie —dijo—. Vamos, sigue.

Artie dejó caer el cigarro, aplastó la brasa con el tacón y se bajó las gafas protectoras. De nuevo atacó la puerta de la caja de caudales.

En aquellos instantes, el agente Fred Shane paseaba por el exterior de la vieja fábrica, abandonada y en ruinas desde hacía algunos años. El *policeman* observó un coche parado junto a una de las fachadas laterales.

A Shane le extrañó ver, allí, un automóvil. Hacía algunos años que prestaba sus servicios en aquel distrito y el tiempo no era como

para que alguna pareja se escondiese por aquellos parajes, olvidada por completo de las recomendaciones sobre control de natalidad. Por otra parte, en la fábrica no había nada de valor que trajese la atención de unos posibles ladrones. Sus instalaciones habían sido desmanteladas y ahora sólo quedaba, allí, la cada día más ruinosa estructura del edificio.

De pronto, el agente Shane creyó oír ruidos en el interior de la vieja fábrica.

Había una puerta lateral que había servido antiguamente para acceder a las oficinas de dirección. Shane encendió su linterna y, con todo cuidado, empujó la puerta.

Los ojos del agente se dilataron unos segundos al ver la llama azul del soplete, cuyo siseo había llamado su atención. Resultaba increíble que quedase en la vieja fábrica una caja de caudales, pero, por extraño que resultase, su deber era impedir la acción de los ladrones.

Shane avanzó unos pasos.

—Caballeros, temo que están violando la ley —dijo, apaciblemente—. Tengan la bondad de ponerse en pie y acompañarme a la comisaría.

La sorpresa de Mike y Artie fue total. Lo que menos habían esperado era la llegada de un policía.

«Y, precisamente, ahora, cuando no me quedan ni dos minutos de tarea», rezongó Artie para sí.

Shane dio otro paso.

—Deje ese soplete —ordenó.

De súbito, Artie se levantó y saltó hacia el policía.

La llama del soplete alcanzó de lleno el lado izquierdo del cuello de Shane. Una yugular resultó instantáneamente perforada por aquel fuego de varios miles de grados de temperatura.

El hedor a carne quemada se hizo intolerable. Shane trastabilló y cayó al suelo, pateando débilmente, pero se quedó quieto muy pronto.

Mike se aterró:

— ¡Has matado a un policía!

—El se lo ha buscado —dijo Artie, hoscamente—. ¿Íbamos a entregarnos, precisamente ahora que ya estamos a punto de abrir la caja?

—Ahora, todo Scotland Yard se lanzará sobre nosotros...

—No hemos dejado huellas; nadie sino ese idiota sabía que estábamos aquí —rezongó Artie—. Vamos, deja ya de llorar como una vieja. Estará listo antes de cinco minutos.

Furiosamente, atacó el metal una vez más. Mike evitó mirar el cadáver del policía. Sentía escalofríos cada vez que pensaba en lo que podía pasarles cuando encontrasen al agente muerto.

De pronto, Artie lanzó una exclamación:

— ¡Ya está! Vamos, prepara el saco.

La puerta de la caja fuerte giró a un lado. Artie empezó a lanzar al saco todo su contenido, papeles y un par de libros. Inesperadamente, encontró algo que le hizo lanzar una risita de alegría.

— ¡Mira, tú, el viejo hombre era prevenido! Lo menos hay cinco mil libras. —Enseñó el fajo de billetes, atados con una gomita—. El trabajo bien hecho siempre es recompensado —añadió, con fingido acento de virtud.

Mike estaba atando la boca del saquete.

— ¿Qué vas a hacer con el dinero? —preguntó.

—Nos lo quedaremos, naturalmente. El encargo era llevar los documentos de la caja. Nadie mencionó una sola palabra acerca de posibles sumas de dinero. Dos mil quinientas para ti, dos mil quinientas para mí... y luego el precio de nuestro trabajo. ¿Qué te parece?

Mike no estaba de humor para apreciar el cambio de fortuna.

—Con tal de que no nos descubran...

Artie le palmeó, con fuerza, en los hombros.

—Nadie nos descubrirá —aseguró, confiado en sí mismo—. ¡Anda, deja todo y vámonos ya!

(Los sopletes, botellas de gas y demás herramientas quedaron allí. Artie había tenido buen cuidado de borrar todas sus huellas, una vez puestos los guantes y antes de iniciar la tarea. Ahora no tenía ganas de cargar con un equipo que podía reponer fácilmente cuando alguien volviera a necesitar de sus *servicios.*

Minutos después, los dos sujetos habían desaparecido del lugar.

Al amanecer, el inspector jefe Broderick Felton, de Scotland Yard, contempló sombríamente el cadáver del agente y, mentalmente, juró que no descansaría hasta encontrar al asesino. Los indicios de que disponían, sin embargo, eran poco menos que nulos.

Cuando los sanitarios se hubieron llevado el cadáver, Felton, en parte más tranquilo, aunque en ningún momento había demostrado exteriormente su agitación, se acercó al lugar donde estaba la caja forzada.

—Es curioso —murmuró—. Nadie se imaginó, jamás, que al viejo Larrymore se le ocurriría esconder una caja de caudales detrás de una pared de ladrillos. ¿Por qué lo haría?

Su subordinado, el sargento Cowles, se sentía igualmente extrañado.

—En algunos aspectos, el viejo Larrymore era un tanto extraño —recordó—. De todas formas, usted tiene razón, señor; a nadie sino a él podía ocurrírsele una cosa semejante.

—Sargento, usted, en tiempos, fue agente en este distrito. Tuvo que conocer a la fuerza al personal de la fábrica. ¿Por qué no empieza a investigar en este sentido?

—Sí, señor. Si le parece bien, empezaré por John Stephens.

— ¿Quién era ese Stephens, sargento?

El jefe de contabilidad de la fábrica, señor.

* * *

La mujer era joven, no demasiado alta, de pelo intensamente negro y formas perfectas. Pero en aquellos momentos, June Yu-Tsan tenía en la mano derecha algo que no parecía muy adecuado para su espléndida belleza.

La estrella de ocho puntas y bordes como hojas de afeitar, partió, silbando por los aires, a la vez que giraba velocísimamente. George Washington *Budd* Baxter ladeó la cabeza y el *shuriken* se clavó en la madera de la pared que había a sus espaldas.

Pero los *argumentos* de June no se habían agotado todavía. Sacó de su funda un *kozuka,* puñal japonés de (dos filos, y lo disparó con toda la potencia de su bien ejercitado brazo. El puñal rozó el costado izquierdo de Baxter y se hincó profundamente en la pared.

Entonces, June saltó hacia su derecha y agarró con ambas manos una *naginata.* Era un bastón muy largo, en uno de cuyos extremos se había fijado una cuchilla de acero, de un palmo de largo, ligeramente curvada hacia la punta. June emitió un agudo *kiai* y se lanzó a la carga.

En el último instante, Baxter se desvió a un lado. June le rozó y, durante una fracción de segundo, quedó indefensa.

Las manos de Baxter se dispararon hacia el bastón, asiéndolo por ambos lados de la mujer. Luego, con súbito movimiento, lo elevó hacia arriba, apoyándolo en su garganta, justo bajo el mentón. Ella movió el pie derecho para hacer presa en el tobillo de su oponente, pero Baxter resistió, a la vez que presionaba con la *naginata.*

—Me declaro vencida —dijo June, de pronto.

Baxter soltó la *naginata,* se separó unos pasos, juntó ambas manos y se inclinó ligeramente.

—El placer de la victoria, en este caso, no es nada comparado con el placer de mis ojos al tener frente a mí a tan bella flor —dijo.

June hizo una reverencia análoga.

—No hay placer comparable al que siente el maestro cuando ve que el discípulo le supera —contestó.

June batió palmas. Una mujer enorme, pesada, de rasgos orientales aún más marcadamente señalados que los suyos, apareció en la sala de entrenamientos.

—Hi-Ta, el señor Baxter necesita un masaje —indicó.

¡La mujer se inclinó!

—Sí, señora.

Baxter empezó a despojarse de sus ropas. June abandonó la sala de entrenamientos.

—Cuando estés listo, te daré una sorpresa —dijo, antes de cruzar la puerta.

Baxter se tendió sobre la mesa de masaje. Hi-Ta, dio comienzo a su tarea.

Media hora más tarde, la misma Hi-Ta le friccionó abundantemente el cuerpo con una delicada colonia. Luego le ofreció una bata de tejido suave y cálido.

—Por aquí, señor —dijo, al descorrer una puerta.

Baxter penetró en una sala delicadamente decorada en estilo japonés. Vio una mesa puesta y dio placer a sus ojos al contemplar los dos hermosos jarrones de porcelana, en donde un gran número de flores, demostraban la maestría de June en el *Ikebana* o arte de la colocación de las flores. Sin embargo, en la decoración había una pequeña concesión a lo occidental: una mesa con servicio de licores y un recipiente conservador de cubitos de hielo.

Baxter se sirvió dos dedos de whisky y puso un cubito de hielo. Bajo la primera cubierta de la mesa, había algunas revistas.

Para entretener la espera, eligió una de las revistas. Uno de los reportajes llamó especialmente la_ atención.

De pronto, exclamó:

— ¡Caramba, ésta no puede ser! ¡No, en modo alguno es quien dice ser!

— ¿Tienes la costumbre de hablar solo, Budd? —sonó la voz de June a sus espaldas.

— ¡Oh, no!; es que me ha sorprendido...

— ¿Quién es la mujer que dices que no es?

— ¡Oh, no tiene importancia! —Baxter dejó la revista en el mismo sitio—. Antes has dicho que ibas a darme una sorpresa —añadió, mientras giraba sobre sí mismo.

Cuando vio a June, comprendió, en el acto, cuál era la sorpresa que ella le había destinado.

June se había ataviado a la moda clásica japonesa, con peinado incluido, pero también con una modificación sustancial: el kimono era completamente transparente.

Y debajo no había nada más que un cuerpo espléndidamente dotado por la naturaleza y de carne joven y firme, por el continuo ejercicio.

—E... es una sorpresa, de veras —dijo, después de tragar saliva.

June avanzó hacia él.

—La sorpresa, ¿te ha privado de la capacidad de reacción? —preguntó, maliciosa.

—En modo alguno, aunque, bien pensado, más que sorpresa, yo diría que se trata de un premio por mi victoria.

—Tal vez sea yo la que considere debe ser premiada.

Baxter atrajo a la joven hacia sí.

— ¿Eres maestra, también, en las artes del amor? —preguntó.

—En este caso, creo que soy una discípula... con muchos deseos de aprender —dijo ella, con ardiente vehemencia.

Más tarde, tendidos sobre una estera, June recordó una cosa:

—Budd, ¿quién era esa mujer que no es?

— ¡Ah, sí!; ya lo había olvidado.

Baxter se levantó, cogió la revista y sé tendió de nuevo junto a su entrenadora de artes marciales. June pudo ver en la fotografía el rostro de una hermosa mujer, de unos veintisiete o veintiocho años, muy rubia, de ojos azules y facciones delicadamente trazadas. June leyó también el pie de la fotografía.

— ¡Vaya! Esta chica ha sido declarada heredera del título y propiedades de Henry Larrymore —exclamó—. Ha podido probar que es la nieta y, en consecuencia, hereda un castillo y una vasta extensión de bosques y tierras, entre otras cosas.

Junto a la primera fotografía, había otra, más pequeña, de una muchacha algo más joven que la primera, de pelo castaño y ojos marrones.

—Y ésta es la demandante que ha visto rechazadas sus pretensiones —añadió June.

—Así parece. Pero Alison Larrymore es una falsificadora. En cambio, la auténtica heredera es Beryl Egan.

—La morena.

—Sí.

—Budd, ¿cómo puedes afirmar algo, con tanta rotundidad? —se extrañó June—. Estamos en Nueva York, a miles de kilómetros de Londres... y, me parece, Inglaterra no es el campo principal de tus actividades. Si hay algo serio en este mundo es la justicia inglesa y yo opino que el juez no iba a dictar sentencia en favor de una impostora. ¿Por qué no me explicas ese misterio?

— ¿Te intriga? —sonrió Baxter.

—Muchísimo —admitió ella.

—Está bien. La que se hace llamar Alison Larrymore no es una Larrymore, porque no posee uno de los rasgos característicos de la familia. En cambio, Beryl Egan sí los tiene.

— ¿Cuáles son esos rasgos, Budd?

—Las orejas marcianas.

June se quedó atónita.

— ¡Oye, esto no es cosa de broma! —dijo, un tanto amoscada.

Baxter y la joven estaban tendidos de bruces sobre la estera. El brazo derecho de Baxter se posó sobre la desnuda espalda de su hermosa anfitriona.

—El viejo Larrymore era muy amigo de mi familia —dijo—. Cuando yo era pequeño, solía comentar humorísticamente, delante de mis abuelos, las características físicas hereditarias de los Larrymore. Todos, sin excepción, tenían las orejas un tanto puntiagudas. Por eso decía que eran orejas de marciano.

— ¡Ah, ya...!

—Y en estas fotos, se ve claramente, sólo Beryl Egan tiene orejas marcianas.

—Budd, temo que eso no ha sido suficiente para que el juez haya sentenciado a su favor.

—No, un juez se tiene que basar en pruebas irrefutables, por lo que su sentencia, legalmente, no puede ser renovada. Pero yo voy a intentar averiguar por qué Beryl Egan ha sido despojada de lo que legítimamente le pertenecía.

— ¿Quiere eso decir que piensas viajar a Londres?

—Sí, June.

CAPITULO II

El índice de Baxter se apoyó sobre un determinado punto de la pared. Parte de la misma se descorrió silenciosamente a un lado y Baxter penetró en una habitación provista de toda clase de sistemas de comunicación.

Baxter hizo una llamada por teléfono. A los pocos instantes, se iluminó una pantalla. El rostro de un hombre de unos cuarenta años, apareció en el televisor. Era Denis Gray, director de la agencia propiedad del joven.

— ¡Hola, buenos días, Budd! —saludó Gray—. ¿Ocurre algo?

Baxter tenía un canal directo de televisión con su agencia. Era algo que, además de conveniente en todos los aspectos, le ahorraba tiempo en desplazamientos. El cuarto de comunicaciones tenía un aspecto rabiosamente futurista. Muy pocos conocían su existencia, pero las escasas personas que habían puesto sus pies en aquel lugar, lo comparaban al puente de mando de una nave espacial, tal como solía aparecer en las películas de ciencia ficción.

Años antes, Baxter había fundado una agencia de recortes de Prensa. Personajes célebres de todo tipo, estrellas de cine, escritores famosos, políticos, gente, en fin, que tuviera un mínimo de relación con la fama, eran los clientes de la agencia, en donde el personal adecuado se ocupaba de separar de los diarios y revistas, cuanto podía resultarles de interés. Pero, al mismo tiempo, la agencia era una fuente de preciosas informaciones para Baxter, aunque jamás había realizado la menor acción que pudiera estar en contradicción con la ética profesional.

De un pequeño despacho y una secretaria, ya casada y con hijos, había pasado a una serie de oficinas emplazadas en un lugar muy distante de la Quinta Avenida, donde Baxter tenía un lujoso apartamento. En la agencia había ahora computadoras que podían facilitar los datos precisos en cuestión de minutos, aparte de un fantástico archivo, que podía proporcionar cualquier información sobre una persona con un mínimo de relieve.

Al saludo de Gray, Baxter correspondió colocando una fotografía ante el objetivo de la cámara. Baxter sabía que en el televisor que Gray tenía delante de sus ojos, una cinta grababa el sonido y la

imagen.

— ¿La conoces? —preguntó.

— ¿Una nueva conquista? —dijo Gray, malicioso, porque conocía la irrefrenable afición de Baxter al bello sexo.

—No la he visto en mi vida y reside en Londres. Su nombre, al menos oficialmente, es el de Alison Larrymore.

— ¿Quieres conocer datos de esa preciosidad?

—Sí, Denis.

—Budd, además de tu incurable afición a las faldas, tienes también la detestable costumbre de meterte en donde no te llaman, por decirlo con palabras suaves.

¿Cuál es el próximo jaleo? ¿Han robado a esa chica, abandonándola en el campo después de violarla?

—No seas corrosivo, Denis. Ella no es quien es.

Las espesas cejas de Gray se levantaron dubitativamente.

—Ella no es quién es y yo no soy quien soy —dijo, burlón—. Y yo estoy hablando con un fantasma y esta noche no he dormido con mi mujer y no he desayunado huevos con tocino... Vamos, Budd, déjate de líos...

—Denis, esta hermosa mujer es una impostora.

— ¿Cómo lo sabes?

—Su abuelo, es decir, el hombre que ella dice que fue su abuelo era gran amigo del mío. Ya te daré más detalles en otra ocasión, pero ahora quiero que investigues, a fondo, en los archivos. Habrás grabado la conversación, supongo.

—Desde luego.

—Muy bien. En tal caso, envíame cuanto consigas, a Londres, hotel Black Prince.

Gray saltó en su asiento.

— ¿Qué? —gritó—. ¿Te vas a Londres?

Impasible, Baxter consultó su reloj.

—Tengo una hora escasa para llegar al aeropuerto. ¡Adiós, Denis!

La pantalla se apagó. Baxter se ahorró, así, escuchar la sarta de maldiciones con que Gray había acogido su petición.

Salió del cuarto de comunicaciones. Tim Koye, su criado personal, estaba ya con dos maletas en las manos, vestido con el uniforme de chófer

—El señor no va a necesitar de mis servicios —dijo Koye.

—Lo siento, Tim.

—Al señor le convendría llevarme con él, a Londres. El señor no puede descuidar un solo día sus entrenamientos...

Baxter puso una mano sobre el hombro del criado. Koye era asimismo un experto en las artes marciales. Con gran frecuencia,

realizaba acciones de *judo* o de *karate* con el joven, cosa que éste le había pedido desde que entró a su servicio, hacía un par de años. Koye, además de fiel y discreto, era muy inteligente. Su eficacia en todos los aspectos era notable, pero ahora Baxter prefería viajar solo.

—Estoy bien entrenado —dijo.

—Sólo el hombre orgulloso se cree un maestro, señor.

—Tim, soy tu más humilde discípulo. Saber reconocer la verdad, allá donde se encuentre, no es orgullo, sino humilde admisión de lo que es rigurosamente cierto.

Koye se inclinó ligeramente.

—Creo que el orgulloso he sido yo, al tratar de decir al señor lo que debe hacer. Ruego al señor me disculpe...

—Tim, estás disculpado... pero también estamos perdiendo el tiempo. ¡Vamos!

Cuando ya se disponían a salir de casa, Tim recordó algo.

—Señor, ha llamado la señora Bronsdale. Como usted estaba ausente, dijo que volvería a llamar. ¿Qué respuesta debo darle?

Baxter sonrió para sus adentros.

—Fidelidad —contestó.

— ¿Fidelidad? —se extrañó el criado.

Koye lanzó una risita.

—Tendré que enviarle un diccionario, para que aprenda el significado de esa palabra —dijo maliciosamente.

* * *

Mientras se bañaba, en el hotel, Baxter se preguntó qué impulso le habla llevado a Londres, a ayudar a una joven a la que ni siquiera conocía personalmente. Aunque en tiempos, su abuelo y Henry Larrymore habían mantenido una firme amistad, con el paso de los años, las relaciones entre las dos familias se habían diluido hasta cesar, prácticamente, del todo. Baxter sabía que el único hijo de Henry Larrymore había perecido en un trágico accidente, junto con su esposa, con la que se había casado un par de años antes. La única hija del matrimonio había sobrevivido, por haberse quedado en casa al cuidado de una sirvienta. Más tarde, el abuelo de Baxter había fallecido y la distancia por una parte, con el océano de por medio, y las diferentes actividades de Larrymore y los padres de Baxter, habían motivado el enfriamiento de aquella amistad.

Pero Baxter no podía olvidar fácilmente al hombre alegre y jocundo que había sido Henry Larrymore. Aún recordaba cuando le hacía saltar sobre sus rodillas, él, un niño de pocos años, y Larrymore ya en los umbrales de la ancianidad. A Baxter, en más de una ocasión, le habían extrañado las orejas picudas de Larrymore. Eran

descendientes de marcianos, decía siempre Larrymore. De niño, se lo había creído, pero al crecer, había podido darse cuenta de que era una característica de familia, que se heredaba inexorablemente por alguna ley genética misteriosa, cuya explicación escapaba a las investigaciones de los expertos en el tema.

Terminó de bañarse y, tras secarse el cuerpo, se puso una bata. Cuando llegó a la sala, se encontró con una visita inesperada.

Ella soltó una risita y dijo:

—Temo haberme equivocado de cuarto.

Baxter arqueó las cejas.

—Hay equivocaciones que le ponen a uno lleno de contento —respondió—. ¿Quiere tomar algo, señora?

—No, muchas gracias. Dispénseme, señor…

—Baxter.

—Soy Helen Brown.

Era una mujer de unos treinta años, atractiva, de hermosa figura y ojos cálidos. No obstante, su nariz, a la que le hubiera sentado muy bien una leve corrección quirúrgica, le confería una expresión de astucia que borraba en buena parte la belleza de su cara

—Encantado, señora Brown.

—Señorita —puntualizó ella—. De nuevo le ruego que me disculpe, señor Baxter.

—Una equivocación la tiene cualquiera —sonrió él.

Helen movió la cabeza ligeramente, y se marchó. Al quedarse solo, Baxter se acercó a la mesita, donde había dejado sus objetos personales, y examinó su billetera con todo cuidado.

Había sido registrada a fondo, de eso no cabía la menor duda. Pero en modo alguno creía la historia del error de Helen Brown.

—Si alguien intenta actuar contra mí, ha empezado bien pronto —musitó.

Al cabo de unos instantes fue al dormitorio para vestirse. Entonces observó algo que llamó su atención.

Recordaba muy bien cómo había dejado los zapatos, tirados de cualquier forma, al lado de la cama. Ahora estaban colocados casi correctamente…

Levantó el zapato derecho. En el espacio que quedaba al aire, por el arco plantar, vio una delgada chapita de metal, prolongada en un botón de forma cilíndrica y un centímetro de grosor, adherido éste al sector vertical del tacón.

—Una microemisora —musitó.

Durante unos segundos, se sintió tentado de arrancar aquel objeto, que permitiría a alguien seguirle a donde quiera que fuese. Después de reflexionar profundamente, decidió dejar la microemisora en el mismo sitio.

De pronto, sonó el teléfono.
Baxter corrió a la sala y levantó el aparato.
Era Gray, desde Nueva York.
—Acabas de llegar, me imagino —dijo.
—Sí, justo he salido del baño… ¿Qué me cuentas, Denis?
—Nada, Budd.
— ¿Nada?
—No tenemos la menor referencia de Alison Larrymore en nuestros archivos —fue la tajante declaración de Gray.

* * *

En la Biblioteca Pública, al día siguiente, Baxter adquirió una completa información sobre el proceso sobre la herencia de Henry Larrymore. Ahora, se dijo, sólo le faltaba entrevistarse con Beryl Egan y averiguar si era o no la auténtica nieta de Larrymore.
Una cosa le extrañaba sobremanera: el apellido Larrymore debía haberse prolongado en su nieta. ¿Por qué se llamaba, ahora Egan?
Cuando salió de la Biblioteca, tomó un taxi. Reclinado en el asiento posterior, miró discretamente hacia atrás. Sí, allí estaba el coche con los dos tipos que le habían seguido desde que saliera del hotel.
—Actúan rápido, muy rápido —se dijo.
Media hora más tarde, se apeó del taxi frente a una casa de modesta apariencia. Fingiendo no advertir que sabía que era seguido, atravesó el pequeño jardincito y llamó a la puerta.
Una joven abrió, momentos después.
— ¿Qué desea? —preguntó.
— ¿Es usted Beryl Egan?
—Sí, en efecto.
—Me llamo Baxter. ¿Puedo hablar con usted, señorita?
—Señora —dijo ella.
— ¡Oh, se casó!
—Y enviudé… aunque no comprendo a qué viene todo esto, señor Baxter.
—Permítame, señora. Mi abuelo fue muy amigo del suyo. Yo le conocí cuando todavía era un niño de pocos años. En Nueva York tuve ocasión de enterarme de su proceso.
— ¡Oh, comprendo! —dijo Beryl—. Pase, tenga la bondad.
—Mil gracias, señora Egan.
— ¿Quiere una taza de té? —ofreció ella.
—Encantado.
La joven se alejó con paso mesurado. El peinado, observó Baxter, se componía de dos mitades, separadas por una raya central. Las

bandas de pelo cubrían enteramente las orejas. Baxter se preguntó cómo haría para comprobar si era la auténtica Beryl.

Tenía una memoria fotográfica. Aquella joven, muy atractiva por otra parte, era un tanto diferente de la fotografía que había visto en Nueva York. Claro que, muchas veces, el original difería de la copia, pero Baxter era hombre pragmático, que no acostumbraba a dar por confirmada una cosa, sin pruebas irrefutables.

Beryl regresó a los pocos minutos.

—Mi abuelo nunca me habló de usted, señor Baxter —dijo, mientras servía el café.

—En todo caso, le hablaría de mi abuelo, gran amigo suyo. Pero yo me refiero al padre de mi madre, quien, por supuesto, no se apellidaba Baxter.

— ¡Oh, comprendo!

— ¡Espere! —gritó él, de pronto—. ¡Ha entrado una avispa en la casa! ¡Ahora está en el pelo...! ¡No se mueva!

La joven se quedó paralizada por la sorpresa. Baxter, con un pañuelo en la maño, fingió espantar al inexistente intruso, pero ello le sirvió para alzar un poco el pelo que cubría la oreja izquierda.

—Ya está —sonrió—. La avispa se ha ido y me ha dicho que usted no es Beryl Egan.

CAPITULO III

Durante un par de segundos, ella permaneció inmóvil, mirándolo fijamente. Luego sonrió.

— ¿Cómo lo ha sabido?

—Permítame que guarde el secreto, por ahora —contestó Baxter —. Por favor, dígame su nombre auténtico.

—Suzy Hatcher. Me parezco bastante a Beryl, ¿no es cierto?

—Puede pasar. ¿Quién la contrató para desempeñar este papel?

—Aguarde un momento... Voy a decirle la verdad. Me pagan, ¿sabe?

— ¡Oh, claro!; ya me imagino que no lo hace gratuitamente.

—Por lo tanto, si usted me paga más, le diré todo.

— ¿Cuánto? —preguntó Baxter, secamente.

—Mil libras.

Las cejas del joven se arquearon.

—No es usted precisamente barata —dijo.

Suzy se encogió de hombros.

—Pague o váyase —contestó fríamente.

—Puedo obligarla a que hable.

Ella rió sin estridencias.

—Permítame, creo que la avispa está ahora en esa cortina...

Suzy se acercó a la ventana y sacudió la cortina, de tejido casi transparente. Luego volvió a la mesita y cogió su taza de té, con el plato.

—La avispa se ha marchado —dijo, mirándole por encima de la taza.

— ¿Dónde está Beryl?

—Eso sí que ya no se lo podría decir, aunque quisiera. Pero si me da mil libras... Tiene que apresurarse, o será muy tarde.

Baxter sintió que se le contraía el estómago.

—Está secuestrada y en peligro de muerte —dijo.

—No, yo me refería a usted. —Suzy suspiró—. ¡Adiós, mil libras!

La puerta se abrió bruscamente. Dos hombres penetraron en la casa.

—Me está haciendo preguntas inconvenientes —dijo Suzy.

Baxter se volvió. Aquellos sujetos, adivinó, eran los que le

habían estado siguiendo todo el rato.

—Nosotros las contestaremos por ti, preciosa —dijo uno de ellos.

Sonriendo desdeñosamente, avanzó hacia el joven. De súbito, disparó su puño derecho.

Dos manos, que parecían tenazas de acero, asieron la muñeca y el antebrazo. Al mismo tiempo, Baxter giraba un cuarto a su izquierda y adelantaba el pie derecho. Con el mismo movimiento, apoyó el impulso inicial del sujeto, ayudándole a salir disparado contra la pared frontera.

El hombre voló casi por los aires. Se oyó un rugido inhumano, cuando su rostro chocó contra el muro. Cayó al suelo y se quedó quieto, con la cara bañada en sangre.

El otro se quedó boquiabierto, aunque reaccionó muy pronto y sacó una pistola. Antes de que pudiera poner el brazo horizontal, una mano se apoderó de su muñeca. La otra se apoyó en el codo.

Baxter tiró con todas sus fuerzas. El hombre aulló, al sentir que le descoyuntaban el brazo. El dolor, insufrible, le hizo caer de rodillas. Baxter alzó una de las suyas y la estrelló contra el mentón del sujeto, haciéndole perder el conocimiento instantáneamente.

Luego se volvió hacia Suzy. Ella parecía aterrorizada.

Baxter sonrió, a la vez que movía el índice en forma de gancho.

—Ven, preciosa —dijo.

Suzy retrocedió.

—No... no...

¡De repente, se encontró sujeta por las muñecas!

—Te voy a torturar —anunció Baxter, truculentamente—. Te colgaré de los pies y con un cuchillo haré tiras tu piel... aunque me parece que voy a emplear otro procedimiento mucho más agradable. Para mí, claro.

Antes de que pudiera saber lo que ocurría, Suzy se encontró boca abajo sobre las rodillas del joven. Baxter empezó a mover la mano derecha contra un trasero muy bien contorneado.

Al tercer golpe, nada suave, suspendió la tarea.

—Si me dejas continuar, vas a tener que dormir boca abajo durante un mes —dijo alegremente.

Suzy lloraba de rabia.

—Se llama Helen Brown —dijo—. Es todo lo que sé...

Baxter golpeó de nuevo.

— ¡Sabes más! —exclamó, inflexible.

—Ella me facilitó algunos datos sobre la vida de Beryl... Dijo que debía permanecer aquí un par de semanas... Si venía alguien a visitarme, yo tenía que hacer señales con los visillos...

— ¿Dónde vive Helen Brown?

—Murray Grove, cuatrocientos ocho.

Baxter se puso en pie de golpe. Suzy cayó al suelo.

—Descuida, no le diré que querías sacarme mil libras —sonrió.

Se acercó al teléfono y arrancó el cable de un tirón. A prevención, desenroscó la tapa del auricular y quitó el micrófono.

Suzy se había puesto ya en pie y se frotaba las posaderas doloridas.

—Eres un maldito bruto —se quejó.

—Si fueses de otra clase, pensarías de mí de forma muy distinta —sonrió Baxter—. Ten cuidado con esos cuando se despierten; podrían rebanarte el pescuezo.

Ella lanzó un chillido de pavor, pero Baxter abría ya la puerta.

El coche de sus perseguidores estaba al otro lado de la calle. Baxter cruzó la calzada, abrió la portezuela y estudió, unos momentos, el tablero de instrumentos.

Sí, allí estaba el detector. Un ultramoderno y efectivo sistema de espionaje, pero ¿cómo habían sabido, tan pronto, de su llegada?

De pronto se le ocurrió la idea de que era una tontería gastarse el dinero en un taxi, cuando allí disponía de un magnífico automóvil. Dio el contacto y el motor arrancó, con satisfactoria suavidad.

* * *

Helen Brown salió de la bañera, se secó y luego se contempló unos instantes ante el espejo de cuerpo entero que ocupaba una de las paredes del cuarto de baño. Sonrió, mientras se acariciaba las caderas con las manos.

Era una mujer hermosa y ella era consciente de su belleza. El único punto negro era su nariz. Se tocó el caballete con dos dedos. «Si no tuviera ese irracional pánico a la mesa de operaciones...», pensó. Un día, no obstante, tendría que decidirse. Su cara ganaría enormemente..., pero eso era algo que podía esperar por el momento.

Al cabo de unos instantes, metió los pies' en unas aparatosas chinelas de alto tacón. Desnuda como estaba, abandonó el baño y caminó hacia su dormitorio. Cruzó por delante de un sillón de alto respaldo y observó distraídamente la columnita de humo que salía por el borde superior. Dio dos pasos más y entonces, sobresaltada, se dio cuenta de que no esperaba ninguna visita.

—No tema usted, señorita Brown —dijo alguien, con acento jovial—. Sé que toda su indumentaria son las chinelas, pero soy un caballero y no me volveré para contemplar su espléndida figura.

—Me parece que conozco esa voz —dijo ella, parada en el centro de la sala, con las manos en los costados.

—*Budd* Baxter, a su servicio. Esta vez he sido yo quien la ha sorprendido en el baño.

—Supongo que será inútil preguntarle cómo ha entrado en mi casa.

—He usado el mismo procedimiento que usted, ayer, en mi *suite* del hotel.

—Y añadiré que, de un modo poco menos que milagroso, ha podido encontrar mi dirección.

—Se lo pregunté a mi bola de cristal. Lo sabe todo.

Helen entornó los ojos. Del otro lado del respaldo del sillón se elevaron unos anillos de humo. Súbitamente, vio asomar una mano.

—Se le perdió ayer en el hotel —añadió Baxter.

Helen apretó los labios.

—Eres muy astuto —le tuteó de repente—, pero ¿sabes lo que te puede pasar por entrar aquí sin mi permiso?

— ¿Vas a llamar a la policía?

—Por supuesto que no. Hay asuntos que se resuelven mucho mejor, de forma privada, entre los interesados.

—Por ejemplo, el secuestro de Beryl Egan.

—El parecido es muy notable. Hicimos que Suzy se mudara de casa y, bajo la apariencia de Beryl, se despidiera de las pocas amistades que le quedaban. En realidad, sus amigos íntimos podían contarse con los dedos de la mano y aún sobraban. Si alguno hubiese ido a visitarla casualmente y hubiera advertido ciertos cambios en ella, Suzy le hubiera dicho que habría padecido fiebres cerebrales de extrema gravedad, lo que le había dejado secuelas de amnesia parcial. Pero tú no figurabas en el círculo íntimo de Beryl.

—Eso es muy cierto. Y, sin embargo, estabais enterados de mi viaje a Londres.

—Alguien nos avisó de que tu llegada podía crearnos incomodidades. Sabemos que tu familia y la de Beryl fueron muy amigas, en tiempos, pero, a pesar de todo, tú no la conocías a ella personalmente.

—Eso me hace pensar que habéis investigado a fondo sus antecedentes. El asunto merecía la pena, ¿eh?

—Imagínatelo. Pero aún no me has dicho por qué sabes que Suzy no es Beryl.

—Tampoco tú me has dicho dónde está Beryl.

—Ni te lo diré.

—Lo cual significa que tenéis miedo.

—No me hagas reír…

—Si no tuvierais miedo, Beryl no habría sido secuestrada. Alison Larrymore es una impostora, aunque el juez le diese la razón al sentenciar el pleito.

— ¿Por qué no te levantas? —sugirió ella.

— ¿Para qué? Estoy bien así y te veo en el reflejo del cristal de

ese armario donde guardas las porcelanas. —Baxter lanzó por encima del respaldo el micro- emisor—. ¿No quieres decirme dónde está Beryl?

—Te lo diré si te vuelves —insistió Helen.

—Muy bien, puesto que tanto lo deseas...

Baxter se puso en pie y abandonó el sillón. Helen, sin mostrar el menor rubor por su absoluta desnudez, sonreía, a tres pasos de distancia.

De súbito, Baxter captó una indefinible sensación de amenaza. En Helen, a pesar de que no llevaba encima un solo gramo de tejido, había cambiado algo.

Lo advirtió demasiado tarde, cuando ella lanzó un seco y penetrante grito que él conocía muy bien:

— *¡¡Kiai!!*

Entonces vio que Helen estaba descalza, pero ella volaba ya por los aires y le aplicó con fulgurante rapidez el golpe *Dol liyo ha ki o* patada circular, saltando en el aire y girando, al mismo tiempo. Los pies parecían muy delicados, pero el que golpeó el costado izquierdo de Baxter tenía la dureza del granito.

Baxter se quedó sin respiración, aunque intentó contraatacar, había perdido ya la iniciativa. Helen ejecutó un segundo golpe, el *Ap cha ki,* o patada frontal, que fue dirigida a su mandíbula. A Baxter le pareció que le habían puesto un cartucho de dinamita en el mentón. Después del fogonazo, vino la oscuridad.

CAPITULO IV

Cuando abrió los ojos, oyó la voz de Helen que hablaba en alguna parte.

—'¡Vamos, estúpido!; hace media hora que te estoy llamando. ¿Dónde te habías metido? ¿Que habías salido a por tabaco? ¡Ah, ya, claro!; y de paso te has quedado en la taberna de Paddy O'Balaclagh a tomarte unas cuantas pintas de cerveza... Escucha y no seas estúpido; te conozco demasiado bien, así que no trates de escudarte con pretextos que no creería ni un niño de pecho... Ven para acá inmediatamente, con Mace... ¿Que no sabes dónde está? Pero ¿qué clase de gente tengo yo contratada? ¡Búscalo inmediatamente, condenado hijo de perra!

«Vaya lenguaje», pensó Baxter. Hermosa, pero con una lengua viperina, calificó a Helen. Y entonces, cuando quiso incorporarse, se dio cuenta de que estaba atado.

Alzó la cabeza un poco. Sí, aquello era una cama y él estaba sujeto a la misma por medio de los cordones de unas cortinas.

El costado y la mandíbula le dolían, pero hizo abstracción de aquella sensación. Lo que le interesaba, ahora, era librarse de sus ligaduras.

De pronto, volvió a oír la voz de Helen:

— ¿Hootie? ¿Eres tú? Escucha, ven lo antes que puedas... Tengo a Baxter en mi casa... ¿Que baje la voz? ¡Idiota, lo tengo inconsciente y, además, atado! ¿Que cómo ha venido a mi casa? No pierdas tiempo, tonto; ya te lo explicaré todo cuando estés aquí. De todos modos, voy a anticiparte que ya conoce la trampa de Beryl... Está bien, treinta minutos, pero ni un segundo más.

Baxter oyó el ruido del teléfono al ser puesto de nuevo sobre la horquilla. Luego percibió ruido de tacones.

Helen apareció en la puerta de la estancia. Baxter emitió una sonrisa de circunstancias.

—Es la primera vez que uso la cama para... esta situación —dijo con jovial acento.

—Quizá, al venir, pensabas darle su verdadera utilidad conmigo —respondió ella, maliciosamente.

—No soy tan presuntuoso; jamás me he considerado un

conquistador irresistible. Aunque, la verdad, valdría la pena intentar conquistarte.

—Perderías el tiempo, Budd.

—Tal vez. Oye, ¿dónde has aprendido a pelear tan bien?

Helen (hizo un gesto ambiguo con la mano.

—Por ahí —respondió evasivamente—. ¿Te duele?

—Ya se va pasando. ¿Puedo preguntarte qué piensas hacer conmigo?

Ella demoró la respuesta unos segundos. Ahora llevaba puesta una bata muy corta, de mangas anchas. El color de la prenda era rojo llameante.

—Lo siento, pero tenemos que quitarte de en medio —dijo, al cabo, con tranquilo acento.

—Lástima, morir tan joven... ¿Aquí?

—No, no quiero que dejes rastros. Simplemente te narcotizaremos. Ya no despertarás. Discúlpame, pero tengo que arreglarme.

— ¿Usarás un baúl, Helen?

Ella se volvió desde la puerta.

— ¿Cómo lo has adivinado? —sonrió.

Al quedarse solo, Baxter empezó a forcejear con las ligaduras. Resultaba evidente que la belleza no había restado a Helen un ápice de su inteligencia. No era la clásica mujer bella, pero tonta, que él conocía muy bien. Hermosa, pero astuta... y mortífera como una pantera.

Los nudos estaban bien hechos. Baxter tenía las manos pegadas a los costados, aunque podía flexionar ligeramente los costados. De pronto, notó un ligero bulto junto a su mano derecha.

Sonrió, mientras forcejeaba para encoger un poco el brazo. Al fin, logró sacar el encendedor.

La llama quemó uno de los cordones. Baxter rogó para que Helen no captase el olor del tejido quemado. El cordón saltó, al fin. El resto fue muy sencillo.

Minutos más tarde, se había puesto en pie. Cuando se acercaba a la puerta, entró Helen.

Ella había estado arreglándose en otra habitación y llegaba vestida solamente con sujetador, pantaloncitos y medias, negro todo el conjunto. Cuando quiso darse cuenta de que algo no iba como debiera, el filo de una mano le golpeó secamente en el desnudo estómago.

Sin respiración, cayó de rodillas, agarrándose la cintura con ambas manos. Su artístico peinado quedó deshecho en un santiamén, cuando Baxter la agarró por el pelo, a la vez que apoyaba la rodilla en su columna vertebral, a la altura de los hombros.

—Si tiro hacia atrás, te romperé el cuello —dijo.

—Por favor... —rogó ella, aterrada.

—Sólo quiero saber una cosa: ¿Dónde está Beryl Egan?

—Epshaine, Caxton Mancr, Sudbury...

—Si me has mentido, volveré para degollarte. Y esto no es ninguna metáfora —terminó Baxter, duramente.

Soltó a la joven. Helen se levantó como un relámpago, a la vez que giraba en redondo. Baxter decidió que no podía perder tiempo. Había circunstancias en las que lo que más convenía era la brevedad.

Lo breve, en aquel caso, era una mano cerrada en forma de puño. Se oyó un seco chasquido, Helen puso los ojos en blanco y cayó fulminada.

Baxter se dijo que no le convenía aguardar a los amigos de Helen. Treinta segundos más tarde, se hallaba en el pasillo exterior, aguardando la llegada del ascensor.

* * *

Caxton Manor era una residencia campestre, no demasiado bien cuidada, pensó Baxter, al verla con las últimas luces del día. Aunque, por supuesto, era el lugar adecuado para esconder a una persona secuestrada.

Había una verja, terminada en agudas puntas, que circunvalaba el jardín que rodeaba la mansión. Baxter la recorrió en busca de un lugar para poder entrar, sin necesidad de correr el riesgo de quedarse ensartado como una mariposa al intentar saltar por arriba. La verja de acceso estaba cerrada, pero, inesperadamente, en la parte posterior, descubrió una puertecita de hierro, que rompía la continuidad de la verja. Era una salida al campo y también el acceso al servicio y a los suministradores. Con gran asombro y no menos placer, Baxter comprobó que la puerta no estaba cerrada con llave.

Empujó muy suavemente. Hubo un leve chirrido, pero fue la mayor dificultad que encontró. Pasó al otro lado y corrió de puntillas hacia la puerta de la casa que, sin duda, daba a la cocina.

Momentos después, entraba en el edificio. Olfateó un poco, alguien había hecho la cena no hacía mucho rato. Cruzó la cocina, abrió otra puerta y escuchó atentamente.

Dos hombres charlaban en alguna parte de la casa. Baxter se preguntó dónde estaría Beryl. Seguramente, en alguna habitación del piso superior.

Atravesó un pequeño zaguán y alcanzó el vestíbulo. A su izquierda tenía una escalera con balaustrada de piedra, que conducía al primer piso. Cuando ponía el pie en el primer peldaño, oyó el ruido de una puerta | que se abría inesperadamente.

Un hombre asomó y le vio en el acto. Inmediatamente, el sujeto

se precipitó sobre él, bramando como j un búfalo enfurecido.

— ¡Jack! ¡Hay un intruso! —aulló.

Baxter se dispuso a contraatacar. Cuando el hombre llegaba a su altura, alzó ambas manos, como si fuese a amenazarle la cara. El sujeto vaciló ligeramente, pero una fracción de segundo más tarde, Baxter le había cogido por las solapas del traje, a la vez que se dejaba caer de espaldas. Al mismo tiempo, deslizaba sus piernas junto al pie derecho de su contrincante, I en un perfecto *sutemi o* volteo, que hizo dar al individuo una tremenda voltereta en el aire.

Era una impecable ejecución de la séptima *kata,* la *Iwa-nami, Ola contra la roca.* El hombre cayó de espaldas, con tremendo golpe, y quedó aturdido en el suelo.

Baxter se incorporó con la agilidad de un mono. En el mismo instante el otro sujeto cargaba contra él, blandiendo una porra corta y pesada. Cuando el brazo del hombre bajaba, Baxter elevó el suyo, en una perfecta parada *Teisho uke,* lo que bloqueó la muñeca de su adversario. Luego ejecutó el *Haito uchi,* el golpe circular, con el filo de la mano, dirigido al cuello, bajo la oreja. Pero en el mismo momento, el otro se movía en sentido contrario, tal vez por el instinto de buscar una mejor posición para su contraataque.

El golpe, seco, partió unas vértebras. Dos ojos giraron horriblemente en sus órbitas. Un cuerpo humano cayó al suelo, fláccido, como un saco vaciado repentinamente de su contenido.

Baxter inspiró con fuerza. Meneó la cabeza. El no había querido matar; no había aprendido las Artes Marciales para cortar vidas humanas, sino para defenderse. Había sido un encuentro de mala suerte.

—Pero a fin de cuentas, yo no he secuestrado a Beryl —gruñó, mientras se lanzaba escaleras arriba hacia el piso superior.

Cinco minutos más tarde, llegaba a una sorprendente, pero también desoladora conclusión.

Había un dormitorio vacío, con evidentes señales de haber estado ocupado hasta hacía muy pocos minutos. Beryl, pensó Baxter, no era una chica tonta. Las ligaduras cortadas que yacían sobre el suelo, así lo indicaban.

Beryl había estado tendida sobre la cama; el hueco de su cuerpo todavía estaba marcado en el lecho. Pero no la habían atado a la cama y ella había podido levantarse y caminar a saltitos, hacia un viejo tocador, al pie del cual se veían un par de frascos rotos. Los vidrios le habían servido para cortar sus ataduras. También se veían algunas gotas de sangre; era inevitable que se hubiese cortado en sus esfuerzos para conseguir la libertad.

La noche había cerrado ya. Baxter pensó que era inútil buscar a la muchacha. Beryl ya no estaba secuestrada, pero era lógico

imaginarse que buscaría un escondite apropiado.

Y si sus secuestradores no sabían encontrarla, él, prácticamente recién llegado a Inglaterra, todavía tenía menos probabilidades.

* * *

Por la mañana, se levantó muy tarde. Después de un somero desayuno, llamó a recepción y pidió le pusieran en contacto con MacDonald Woodle.

Unos minutos más tarde, hablaba con una secretaria:

—El señor Woodle está ocupado en estos momentos. Deme su mensaje y se lo transmitiré inmediatamente.

—Me llamo Baxter y soy amigo de la familia Larrymore. Deseo hablar personalmente con el señor Woodle. Me hospedo en el Black Prince...

—Muy bien, señor Baxter, así se lo comunicaré. Le llamaré en cuanto el señor Woodle pueda atenderle Baxter colgó el teléfono. Permaneció pensativo durante unos momentos y luego abandonó su habitación.

En el vestíbulo, buscó una cabina telefónica. Por medio de la guía, supo la dirección de Alison Larrymore.

Reflexionó con rapidez. Por un instante, se sintió tentado de desempeñar el papel de espía, pero decidió que lo mejor era un ataque frontal. Salió de la cabina y se encaminó hacia la calle, pero cuando pasaba frente a la recepción, uno de los empleados llamó su atención.

—Señor Baxter...

El recepcionista le tendía el teléfono. Baxter lo tomó.

—'¡Hola! —sonó la voz de Helen Brown—. ¿Has dormido bien?

—Perfectamente, cariño. Pensando en ti, por supuesto, se duerme maravillosamente.

—Yo creí que te remordería la conciencia. ¿No tienes nada de qué acusarte?

—Defensa propia —contestó él, significativamente.

—Eso no tiene importancia. Es la ley de la jungla, Budd. Yo me refería a otra cosa.

— ¿Beryl?

—Exacto. ¿Dónde está?

Baxter suspiró.

—Hermosa, puede que me creas, puede que no; de todos modos, en estos momentos estoy diciéndote la verdad. Beryl resultó ser más lista de lo que todos creímos.

—No mientas, Budd...

—Tengo ya unas ganas locas de que el videófono sea tan popular como el teléfono. Si ahora dispusiéramos de ese Utilísimo aparatito,

me verías con la mano derecha levantada, en señal de que juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Helen guardó silencio durante unos instantes.

—Voy a tener que creerte, Budd —dijo al cabo.

—No miento —aseguró él—. Pero tampoco puedo evitar tus dudas. Sin embargo, he dicho la verdad. Hasta la vista, hermosa.

Baxter devolvió el teléfono al empleado, sonrió v se dirigió hacia la salida.

¿Dónde diablos *se* había metido Beryl Egan?

La chica era más lista de lo que todos habían creído. Sin embargo, tenía una enorme desventaja.

Podía esconderse, pero le era absolutamente imposible demostrar que era la auténtica heredera de Henry Larrymore.

CAPITULO V

La doncella, correctamente ataviada en blanco y negro, tomó la tarjeta de manos del visitante y dijo que iba a entregársela a su destinataria. Mientras aguardaba, Baxter se acercó a una consola artísticamente trabajada y contempló el reloj de sobremesa, en el que unas figuritas, que representaban un grupo de pastores y pastoras, se movían incesantemente al compás de la maquinaría.

La caja del reloj parecía de oro macizo. El metal precioso y el trabajo le conferían un valor excepcional. Aquel reloj, sin duda, junto con la consola y otros muebles de singular elegancia, procedían de la herencia del viejo Larrymore. Los dos cuadros que había en la pared opuesta eran, sin lugar a dudas, auténticos Turner. Baxter los contempló lleno de admiración y envidia, al mismo tiempo.

De pronto, oyó una voz femenina:

—Señor Baxter...

El visitante se volvió. Alison Larrymore estaba frente a él, exquisitamente ataviada, con el bolso en el brazo izquierdo y los guantes de finísima piel de Escocia en la mano derecha. Ella vestía traje de chaqueta, severo en apariencia, pero muy elegante. La blusa era cerrada y en el cuello se veía un valioso camafeo de marfil, oro y brillantes.

El conjunto resultaba sumamente atractivo. Era indudable que Alison poseía el sentido de la elegancia. Los zapatos, de cocodrilo, hacían juego con el bolso. Pero sus ojos, muy azules, eran duros y fríos.

—Gracias por haber accedido a recibirme, señorita Larrymore —dijo Baxter—. Sin embargo, me parece haber llegado en un mal momento.

—Así es —confirmó la joven—. Voy a pasar una temporada en mis posesiones de Escocia.

—En Earnley Castle, sin duda.

Alison levantó las cejas.

— ¿Cómo lo sabe? —preguntó.

Baxter sonrió.

—Sé que Earnley Castle forma parte de la herencia de Henry Larrymore. También sé que usted es una impostora.

Después de aquellas palabras, sobrevino un helado silencio. Baxter captó en las pupilas de Alison una leve chispa de furia, pero también había temor en aquel destello.

Súbitamente, Alison volvió la cabeza un poco.

— ¡Ketty!

La doncella apareció a los pocos instantes.

— ¿Señorita?

—Haga el favor de avisar a la policía. El señor Baxter me está molestando con sus groserías —dijo Alison, secamente. .

—Pero, ¡señorita! —se horrorizó la doncella.

—Haga lo que le ordeno o la despediré inmediatamente, Ketty.

—Sí, señorita...

Baxter levantó una mano

—No será necesario que llame a la policía. Me marcho inmediatamente. Pero usted sabe, mejor que nadie, que lo que acabo de decir es la pura verdad, señorita Larrymore.

Ya no añadió una sola palabra más: Dio media vuelta y se dirigió hacia la salida:

Minutos más tarde, vio a Alison cruzar la acera. El chófer, uniformado, mantenía abierta la puerta del «Rolls Royce». Cuando el coche hubo arrancado, Baxter se puso un cigarrillo en los labios.

¿Qué precio había tenido que pagar Alison por desempeñar aquel papel?, se preguntó.

Cuando regresó al hotel, se encontró con un mensaje:

—El abogado Woodle ha dicho que le recibirá esta tarde, en su despacho, a las cuatro y media en punto —le informó el atildado encargado de la recepción.

* * *

MacDonald Woodle era un hombre de unos cuarenta años, alto, delgado, de rostro aquilino y mirada inteligente. Después de los primeros saludos de cortesía, se sentó tras su lujosa mesa de despacho y juntó sus manos, con los codos apoyados sobre el resplandeciente tablero de caoba de la mesa.

—Puedo concederle quince minutos, señor Baxter —declaró—. ¿Cuál es su problema, por favor? Si va a necesitar más tiempo, mi primer pasante podría continuar atendiéndole...

Baxter sonrió levemente.

—Creo que sobrarán minutos de ese cuarto de hora —contestó —. El asunto que me trae aquí, se refiere a la herencia de Henry Larrymore.

—Está resuelto ya —dijo’ Woodle fríamente—. El juez 'dictó sentencia de una forma que no deja lugar a dudas. Las pruebas que

presenté en nombre de mi cliente, eran irrefutables.

—'Las pruebas, tal vez, pero no la personalidad de su cliente.

— ¿Qué es lo que quiere decir, señor Baxter?

—Se lo he dicho a ella hoy mismo, antes de mediodía. Alison Larrymore no es la nieta de Henry Larrymore.

Woodle sonrió con aire de superioridad.

— ¿Va a saber usted más que un juez, cuya probidad está fuera de toda duda?

—No se me ocurrirá jamás dudar de un juez inglés, señor Woodle. Pero hasta el juez más honesto puede ser engañado por unas pruebas amañadas, o una personalidad tan hábilmente falsificada, que nadie sepa advertir la trampa. Y esto es lo que sucede, en el caso presente: Alison Larrymore es una impostora.

—Señor Baxter; por mi profesión, estoy acostumbrado a oír muchas cosas en este despacho. Lo que no me gusta oír son insultos personales. Por lo tanto, le ruego se sirva marcharse inmediatamente.

— ¿Es todo lo que tiene que decirme sobre el caso Larrymore?

—La entrevista ha terminado —respondió Woodle, con glacial acento.

—La entrevista, sí, pero no el caso. Apenas acaba de empezar, aunque ustedes cuenten con la sentencia favorable de un juez.

Baxter se dirigió hacia la puerta.

—Un castillo en Escocia, con cientos de hectáreas de terrenos altamente productivos, incluso un pequeño lago, muy rico en pesca; acciones y bonos de todas clases, un lujoso piso en Londres, en Maida Vale... Todo eso merecía muy bien el trabajo de hacer una falsificación a fondo. Pero las falsificaciones, inevitablemente, acaban por ser descubiertas.

— ¡Salga! —dijo Woodle—. Salga, antes de que llame a mis empleados, para que lo expulsen a viva fuerza...

—Por favor, una última pregunta. Usted se encargó de la defensa de Alison... llamémosla Larrymore. ¿Quién fue el abogado de Beryl Egan?

—La señora Egan es una deshonra para la profesión —respondió Woodle, altaneramente—. Como abogado en ejercicio, defendió ella misma su propia demanda. Sin la menor posibilidad de éxito, por supuesto.

— ¡Oh, una increíble sorpresa! —exclamó Baxter. Luego emitió una brillante sonrisa—. He tenido un gran placer en darle a usted un enorme disgusto, señor Woodle.

El abogado se quedó con la boca abierta. Baxter abrió y abandonó el despacho, antes de que el leguleyo tuviese tiempo de replicar a su mordaz despedida.

* * *

Aquella tarde, Baxter se desplazó a la casa donde había encontrado a la *doble* de Beryl Egan, pero no encontró a nadie. La casa estaba completamente vacía.

Regresó al hotel. Acaso recibiese alguna llamada... los autores del plan de suplantación debían de sentirse muy inquietos. Habían trazado un plan que debía de parecerles casi perfecto, pero, inopinadamente, se había infiltrado un granito de arena en su bien engrasada maquinaria.

Sin embargo, nadie llamó ni dio señales de vida. Baxter empezó a pensar en la conveniencia de hacer una segunda visita a Helen Brown.

Decidió dejarlo para el día siguiente. Después de cenar, estuvo un rato en la sala de fiestas del hotel. Cuando subió a su habitación, sonó el teléfono.

Baxter levantó el aparato precipitadamente. Lina voz dulce, muy insinuante, dijo algo de aliviar su soledad. Baxter estuvo a punto de contestar con una grosería. Sin embargo, dio una respuesta llena de buen humor:

—Detesto a las mujeres, guapa. Soy alérgico al sexo opuesto —dijo, con voz un tanto aflautada.

La desconocida le envió por teléfono un insulto atroz. Baxter se echó a reír y dijo que se lo aplicase al autor de sus días, si acaso le conocía, extremo acerca del cual sentía grandes dudas. Luego colgó el teléfono, agarró una novela policíaca y se dispuso a provocar la llegada del sueño.

A la mañana siguiente, el repiqueteo del timbre del teléfono atravesó chirriante las brumas que envolvían su cerebro. Alargó la mano y colocó el aparato casi bajo la almohada, que le cubría la cabeza en aquellos momentos.

—Baxter —dijo, con voz pastosa.

—Soy Beryl Egan.

Baxter se sentó en la cama inmediatamente.

— ¿Beryl Egan? —repitió.

—Exacto.

— ¿No será Suzy Hatcher?

—No tengo el honor de conocer a esa señora...

—Pero a mí sí me conoce y, sin embargo, no nos hemos visto jamás.

—Se lo explicaré todo cuando venga a verme. Número doscientos catorce, Wandstone Road, Harlow. Use la autopista once. Eso es todo.

Sonó un *clic.* Baxter contempló el teléfono, maravillado.

—Esto parece un milagro —dijo.

Pero, de súbito reaccionó y se levantó de un salto, para subir disparado hacia el baño. Al terminar, pidió el desayuno.

Beryl estaba segura, pensó, y no importaba perder unos minutos en reponer fuerzas. Cuando terminó, bajó a recepción y ordenó que le pidieran un taxi.

* * *

La casa tenía el mismo aspecto que docenas de edificios situados en aquel suburbio: planta, primer piso, tejado a dos aguas, con un par de buhardillas, y un pequeño jardín alrededor. Baxter llamó a la puerta y esperó unos instantes.

Al cabo de unos minutos, se abrió la puerta.

—Soy Baxter —dijo.

La chica le tendió una mano.

—Beryl Egan, Larrymore de soltera —se presentó—, ¿Quiere entrar?

—Gracias.

La casa era sencilla, pero decorada con un buen gusto innegable.

— ¿Es suya? —preguntó Baxter.

—Sí. Heredada de mis padres, pero ello no tiene nada que ver con los bienes del abuelo.

— ¡Oh, comprendo!

— ¿Té? ¿Café?

—Café, muchas gracias,

Beryl y Suzy, apreció Baxter, eran muy parecidas. Pero la semejanza sólo podría engañar a un observador superficial.

Ella volvió, minutos más’ tarde.

— ¿Cómo supo usted que yo estaba en Londres? —preguntó Baxter.

—Llamé a Nueva York. El servicio de información telefónica se encargó de localizar su dirección. Alguien me dijo que usted estaba en Londres.

—Chica lista —sonrió él—. ¿Ha perdido mucha sangre?

Beryl enseñó la muñeca izquierda, rodeada por una venda.

—No fue una hemorragia mortal —contestó, a la vez que se sentaba frente al visitante—. Su abuelo fue gran amigo del mío.

—Sí, es cierto. Pero yo no la conocí a usted. Nació con algunos años de retraso respecto a mí.

—Ocho —puntualizó ella, sonriendo.

—Beryl, usted se casó y enviudó. Suele suceder a una edad tan temprana como la suya, pero no es corriente.

—El se mató en un accidente de automóvil. Iba demasiado bien

acompañado.

—Y no lo siente.

—Siento la pérdida de una vida humana, simplemente. Bueno, y la de la mujer que le acompañaba. Pero eso es todo.

—Comprendo. ¿Cómo se le ocurrió llamarme?

—El abuelo me lo dijo hace muchísimos años y se me quedó grabado en la memoria. «Si un día estás en un apuro, llama a un Baxter», me aconsejó. Naturalmente, dio más detalles de su familia... y yo me acordé cuando estaba en un apuro.

—El cual, por cierto, no es una tontería —comentó Baxter—. Pero hay algo que todavía me intriga sobremanera.

— ¿Sí?

—Usted es la nieta de Henry Larrymore. Sin embargo, ha perdido el pleito.

—Hacía años que nos habíamos distanciado de una forma prácticamente total. Cada uno teníamos nuestras ideas. La discrepancia se agudizó cuando me casé con Bill Egan.

—Y el abuelo la desheredó.

Beryl hizo un gesto negativo.

No. Simplemente, me echó de su casa, pero, que yo sepa, no me desheredó. En el juicio apareció el testamento, y eso es lo preocupante, a mi entender, porque yo no tenía ni idea de dónde podía hallarse ese documento. Bueno, el testamento y muchos otros papeles y libros que ahora han desaparecido. De haber contado yo con esa documentación, el fallo judicial habría sido muy diferente.

—Es probable, pero ¿no había nadie que la reconociese a usted como la nieta de Henry' Larrymore?

—Usted debe saber, sin duda, que yo pasé mi infancia y hasta parte de mi adolescencia, interna en un colegio, ya que el abuelo estaba demasiado absorbido por sus negocios. Si él murió prácticamente de viejo, todos los sirvientes que me conocían, aún más viejos que él, le habían precedido. Por tanto, la servidumbre actual no me conoce como nieta de Henry Larrymore.

—Sin embargo, alguno debía saber...

—Los que sabían algo, estaban enterados de que me casé a los dieciocho años y que, entonces, no puse los pies en casa de mi abuelo. Precisamente, la última vez que estuve, a fin de tratar de suavizar la situación, el abuelo me despidió de la peor manera que pueda imaginarse. Ordenó al mayordomo que me echara a la calle. Textualmente, dijo: «Esa mujer no es mi nieta.» Imagínese lo que el mayordomo declaró en el juicio.

—Concluyente —admitió Baxter—. De modo que la documentación fue robada...

—Sí.

—Pero ¿dónde estaba?

De pronto, llamaron a la puerta. Beryl se puso en pie.

—Dispénseme, señor Baxter —dijo.

—Por favor, llámeme Budd —sonrió él.

Baxter vio que la esbelta muchacha se dirigía hacia la puerta. Unos segundos más tarde, la vio retroceder, con las manos en alto.

—Bien —dijo, satisfecho, el hombre que empuñaba la pistola—, la hemos encontrado.

CAPITULO VI

Detrás del hombre de la pistola, entró otro, igualmente armado. Baxter se levantó, durante un segundo, dispuesto a lanzarse a la pelea, pero casi en el acto desistió de sus intenciones, ya que no tenía la seguridad de que se disparase un tiro. Beryl podía, entonces, resultar herida. Era preferible aguardar el curso de los acontecimientos, decidió finalmente.

—Apostaría algo a que uno de los dos es Mace —sonrió.

—Yo —declaró orgullosamente el primero de los intrusos—. Mace Rayner. Este es Boddus Corcoran.

—Encantado, amigos —dijo Baxter—. ¿Puedo saber qué es lo que buscan aquí?

—Espere un minuto, por favor —respondió Rayner afablemente —. Boddus, vigílalos, pero sobre todo a él. Es muy peligroso; anteayer se cargó a Ken Willis.

Corcoran miró a Baxter con admiración.

—Es usted todo un tío —dijo.

— ¡Psé, corrientito! —contestó el joven modestamente.

Mientras tanto, Rayner se había acercado al teléfono. Marcó un número, esperó unos instantes y luego dijo:

—Los tenemos... Sí, en donde usted indicó. Ella y él... Bien, esperamos.

Rayner volvió el teléfono a la horquilla. Luego hizo un ademán.

—Pónganse cómodos, por favor —dijo.

—Es usted muy amable —elogió Baxter—. Beryl, siéntese a mi lado, seguiremos la conversación en el punto en donde la habíamos dejado. Es decir, si estos caballeros no nos prohíben hablar.

— ¡Oh, por favor! —dijo Rayner con irónica cortesía—; en Inglaterra, la libertad de expresión es uno de los derechos fundamentales de la persona.

—Resulta maravilloso sentirse prisionero de unos *gánsteres* tan bien educados. Beryl, cuando estos amigos nos interrumpieron, yo le había preguntado dónde estaban los documentos.

—En la vieja fábrica del abuelo. La cerró hace algunos años y liquidó todas las instalaciones. Pero él escondió la caja de caudales tras un falso tabique y nadie sabía dar con ella... excepto dos personas

que la encontraron, abrieron la puerta con un soplete y mataron a un guardia.

— ¡Horroroso! En Inglaterra, matar a un agente de la ley puede ser causa de una condena a la horca, aun estando abolida la pena de muerte.

—Sí, pero el caso es que nadie sabe quiénes son los ladrones.

—Se podría averiguar, si se supiera dónde adquirieron ellos tan excelente información —dijo Baxter.

—Creo que eso no sería demasiado difícil. MacDonald Woodle era el abogado del abuelo.

— ¡Oh, creo que comprendo...! Las cosas se van aclarando, Beryl.

—Puede ser, pero estoy tan lejos de conseguir lo mío, como el día en que mi abuelo me echó de Earnley Castle —se quejó la muchacha.

—Es preciso armarse de paciencia...

Rayner extendió su brazo.

—Eso mismo digo yo siempre. Paciencia, que con paciencia, a todas partes se llega —dijo irónicamente.

—Incluso al infierno —contestó Baxter.

— ¡Oh!, ¿para qué está uno en esta vida? Nace, crece, ama, envejece y al cabo la *diña.* Lo que pase después, no importa.

—Beryl, este hombre es un descreído —dijo Baxter, vuelto hacia la muchacha.

—Yo diría que es algo mucho peor —contestó ella.

—Por mí no se reprima —exclamó Rayner, burlón—. Los insultos puede que no sean agradables de oír, pero no hacen daño al cuerpo.

—Es que no quiero seguir, para no tener que lavarme la boca después —dijo Beryl.

—Por cierto, Mace, ¿a quién ha llamado usted por teléfono? —preguntó el joven.

—No sea curioso, hombre. Ya lo sabrá cuando llegue.

Baxter hizo un gesto con la cabeza.

—Apostaría algo a que se trata de Helen Brown —murmuró.

Rayner volvió la cara a ambos lados.

—En esta casa, ¿no hay para entretener la espera? —preguntó.

—Sí, tengo periódicos y revistas, pero son atrasados. Como en la sala de espera del dentista —dijo Beryl, irónicamente.

—La chica tiene humor, tú —intervino Boddus.

—Así da gusta trabajar —sonrió Rayner, con una botella y un vaso en la mano—. ¡Oiga!; ¿cómo mató a Willis? —se dirigió a Baxter.

—Si me lo permite, le haré una demostración.

— ¡Oh, muchísimas gracias, otro rato! Boddus, ¿quieres un

trago?

—Desde luego.

Rayner tomó un sorbo de su vaso y cogió otro, que llenó parcialmente. Corcoran se puso en pie y empezó a cruzar la sala, en dirección a su compinche.

Entonces, Baxter decidió aprovechar la ocasión.

Estaba sentado en el diván, junto a la muchacha. Delante de sí tenía una mesita baja, de forma rectangular, con la parte superior de mármol. Era un mueble relativamente pesado, pero Baxter lo lanzó hacia adelante, de modo que resbalase por el pulido pavimento de madera encerada.

* * *

El encuentro entre las piernas de Corcoran y la mesa se produjo al final de dos trayectorias convergentes. Rayner empezó a gritar, pero su compinche ya no tenía tiempo de detenerse.

Corcoran tropezó y cayó hacia adelante. Con desesperación, Rayner trató de echarse a un lado, pero la cabeza de Corcoran le golpeó en un hombro y le hizo caer de costado. La pistola se desprendió de sus dedos, aflojados instintivamente, para extenderlos y apoyarse en el suelo al término de la caída.

Beryl se puso en pie, con los nervios en tensión. Corcoran maldijo obscenamente, mientras forcejeaba para levantarse. Cuando se ponía de rodillas, el filo de una mano, lanzada en un incontenible *Haito uchi* o golpe semicircular, le golpeó bajo la oreja izquierda. Corcoran sintió como una especie de sacudida eléctrica, que repercutió agudamente en su cerebro, y perdió el conocimiento.

Rayner, más ágil, se había puesto en pie. Baxter decidió pasar del *karate* al *judo.* Para el ataque de Rayner, la *Ryote-dori* o presa con ambas manos, sería lo mejor.

Rayner confiaba en la fortaleza de sus músculos, pero no contó con la suprema habilidad de su adversario. Cuando quiso darse cuenta, tenía ya las muñecas rodeadas por las manos de Baxter.

Inmediatamente, Baxter dio media vuelta a su izquierda, avanzó su pie derecho también hacia la izquierda, y liberó la mano izquierda de Rayner, con lo que su mano derecha quedó libre. Tiró de la derecha de Rayner y, haciendo un movimiento circular, bloqueó el brazo derecho de su oponente. Ahora ya sólo le faltaba inclinarse hacia adelante. En un entrenamiento le habría bastado marcar el ejercicio simplemente. Pero estaba actuando en la realidad y el caso era muy diferente.

Los pies de Rayner se separaron del suelo. Una fracción de segundo después, volaba por los aires, sobre la cabeza de Baxter.

Beryl contempló la escena con ojos fascinados. Rayner aterrizó sobre un sillón, lo volcó y cayó al otro lado, lleno de aturdimiento, aunque no inconsciente, ni mucho menos.

Sin embargo, había perdido la iniciativa. Baxter empleaba sus conocimientos de Artes Marciales para defenderse, no para matar, a menos que se encontrase absolutamente acorralado. Cuando Rayner se incorporaba, con movimientos muy lentos, usó el codo derecho, en un *Tate hiji ate.* El golpe, dirigido de abajo arriba, alcanzó de lleno el mentón de su adversario. Rayner puso los ojos en blanco, se tambaleó y cayó al suelo, completamente Sin conocimiento.

Entonces, atónita, Beryl se dio cuenta de que el combate, que le había parecido de interminable duración, había transcurrido en poquísimos segundos.

Baxter miró a la joven y sonrió.

—Alguien va a venir —dijo—. Rayner lo anunció, pero me parece que no conviene que esperemos.

Ella, muda de asombro todavía, hizo un gesto de aquiescencia.

— ¡Vámonos! —añadió.

Beryl agarró su bolso. Instantes después, se hallaban en la calle. Entonces, Baxter reparó en el coche de los hampones.

—Aguarde un momento.

Entró en el coche y arrancó a tirones, unos cuantos cables.

—Pediremos un taxi —dijo, con brillante sonrisa—. Aunque me parece que, si esto sigue así, me va a salir más a cuenta alquilar un coche.

Inmediatamente, echaron a andar. Ella dijo:

—Me siento pasmada. ¿Es usted un superhombre?

—No —rió Baxter—. Simplemente, hace años que aprendí las Artes Marciales Orientales. Ahora bien, me entreno prácticamente a diario y procuro aprender nuevas técnicas, eso es todo.

—Ellos estaban armados...

—Confiar en un arma suele ser funesto. Yo prefiero emplear solamente mis manos... Bueno, también los codos, las rodillas... En esto, todo vale. Pero convendría que nos trazásemos un plan de acción.

—No sé, siquiera, por dónde empezar —confesó Beryl.

—Todas las cosas empiezan por un principio. Dígame cuál fue el suyo.

—Bien, el abuelo murió, yo reclamé la herencia, porque no aparecía el testamento y, de pronto, surgió Alison Larrymore. Ella sí presentó los documentos. Los peritos calígrafos dictaminaron su autenticidad, cosa que yo no negué nunca. Lo que sucede, es que los testigos declararon que no me conocían como la nieta del difunto Henry Larrymore.

—Y a Alison, sí.

—Tampoco, pero ella tenía toda la documentación. Eso resultó definitivo.

— ¿Sabe cómo la consiguieron?

—Hace, algunos meses, se produjo un hecho raro en la vieja fábrica del abuelo...

Beryl explicó lo que había ocurrido allí. Al terminar, Baxter se quedó muy pensativo.

—De modo que había una caja de caudales, oculta tras un muro de ladrillo.

—Sí. El abuelo, a veces, tenía cosas raras...

— ¡Óigame, Beryl!, ¿no recuerda usted de nadie que haya conocido a su abuelo con cierta intimidad? Supongamos un alto empleado de la vieja fábrica. ¿Qué le parece?

Ella chasqueó los dedos.

— ¡John Stephens! —exclamó.

— ¿Quién es ese caballero? —preguntó Baxter.

—El jefe de contabilidad. Se retiró cuando el abuelo cesó en el negocio. Prácticamente, era el que dirigía la fábrica.

—Entonces, tiene que estar enterado de muchas cosas. ¿Sabe dónde vive?

—Desde luego.

En aquel instante, Baxter divisó un taxi libre. Alzó la mano, sonrió y dijo:

—Dele la dirección de Stephens al taxista.

* * *

Una hora más tarde, Baxter llamaba a una puerta. Beryl, a su lado contenía su impaciencia.

—No contesta nadie —dijo él.

Stephens vivía en un suburbio. Su casa, como todas, era de planta y piso, y estaba rodeada por un jardín. A Baxter le pareció que un jubilado debía de estar en casa, entreteniendo sus ocios con algún trabajo casero, o bien cuidando el jardín.

—Espérame, daré la vuelta —dijo.

Baxter rodeó la casita. La puerta posterior estaba entreabierta. Algo le golpeó el pecho. Era el silencio que se percibía en el interior.

Avanzó unos pasos. De pronto, vio unos pies que asomaban por una puerta. Dio dos pasos y vio el cuerpo, boca abajo, con el pelo blanco manchado de sangre.

La voz de Beryl sonó, de pronto, en la entrada.

— ¿Está en casa, Budd?

—No entre. Stephens ha muerto.

Ella lanzó un pequeño chillido. Baxter regresó a la cocina.

—Alguien ha considerado muy prudente asesinar a Stephens —dijo, mirándola fijamente.

— ¿Por qué? Era un hombre bueno, leal...

—Tal vez por eso mismo. Beryl; ¿cómo es que no compareció en el juicio para declarar a su favor?

—Hacía muchísimos años que no nos veíamos. Más de doce... Yo era una chiquilla... Sé que era bueno y fiel, por lo que le había oído al abuelo...

Baxter la empujó hacia la puerta.

—Tenemos que marcharnos —dijo.

— ¿Adónde? Yo no puedo volver a mi casa —le recordó ella.

— ¿Quién lo ha dicho? Ellos creen que no vas a volver, por lo que se habrán marchado, de modo que vamos a regresar allí inmediatamente. Con tranquilidad, trazaremos un plan de acción para conseguir que la reconozcan como la legítima heredera de su abuelo.

—Lo veo muy difícil, Budd. Soy abogado, ¿comprende?

Baxter sonrió maliciosamente.

—Usted es la nieta de Larrymore. Tarde o temprano, demostraremos la verdad —afirmó, con rotundo acento.

Cuando estaban en el taxi, Baxter recordó algo que le intrigaba sobremanera.

—No acabo de entenderlo. ¿Por qué la secuestraron? Si usted, legalmente al menos, no era ya un obstáculo para ellos, el secuestro, a mi modo de ver, no tiene sentido.

—Siento no poderle dar una respuesta satisfactoria. Hay muchas cosas, aquí, que no acabo de entender en modo alguno.

—Es cierto —suspiró él—. Sólo se entiende una cosa, Beryl.

— ¿Cuál? —preguntó la muchacha.

—Una herencia de un par de millones. Y se me está ocurriendo algo, además, que esmero que pueda ayudarnos muchísimo.

— ¿Habla en serio?

— ¿Se puede bromear, después de haber visto muerto a John Stephens?

Ella hizo un gesto negativo.

—No, no se puede bromear —convino—. Pero ¿qué se le ha ocurrido?

—Un viaje a Earnley Castle.

— ¿Para qué, Budd?

—Alison Larrymore, o como quiera que se llame la rubia, está allí. Una entrevista con ella resultaría de gran interés. De todos modos, antes de emprender ese viaje, haré una visita.

— ¿A quién, si puedo saberlo?

Baxter sonrió para sí.

—Se lo diré después de la entrevista —respondió, evasivo.

CAPITULO VII

La puerta se abrió y la doncella alzó un poco las cejas al reconocer a su visitante.

—Ella le echó de casa —dijo.

Baxter asintió.

—Lo admito. Pero ella no está ahora en casa, Ketty. —Tenía las manos a la espalda y, de pronto, enseñó una monumental caja de bombones—. Las flores son muy bonitas, pero sólo alimentan la vista.

La cara de la doncella se suavizó un tanto.

—Entre —invitó.

—Puede llamarme Budd, Ketty. A propósito, ¿cuál es su apellido?

— ¡Oh! Rebosa nobleza por cada una de sus letras: Smith.

—Al menos, no se puede negar que es muy antiguo. Ketty, ¿por qué no abre la caja de los bombones?

—Está tratando de conquistarme —rió ella.

—Lo admito.

Ketty soltó el enorme lazo que adornaba la caja, rompió la celofana y levantó la tapa. Sobre los bombones había una capa de billetes de cinco libras.

—Budd, ¿qué significa esto? —preguntó, súbitamente recelosa.

— ¿Estás sola en casa?

—Sí, pero me pagan muy bien...

—Nadie tiene por qué saber nada. —Con toda desenvoltura, Baxter se acercó a la barra que había en uno de los ángulos de la sala y destapó una botella de whisky—. Creo que doscientas libras te permitirán comprarte un bonito vestido... o simplemente guardarlas en tu libreta de ahorros.

— ¿Con lo que pierde la moneda, a causa de la inflación? —dijo Ketty, risueña—. No, gracias; ya encontraré *motivos* para cooperar en esa inflación, gastando y no ahorrando. Pero ¿qué quieres saber?

— ¿Quién es Alison Larrymore?

—Para mí, es ella. Hace sólo tres meses que estoy a su servicio. Los informes que le presenté son excelentes. La paga, estupenda. El trabajo, y, sobre todo, ahora que está en Earnley Castle, escaso. ¿Puedo pedir algo más?

—Encuentro raro que una dama acaudalada salga de viaje y no se lleve a su doncella personal. ¿Por qué?

Ketty se acercó al visitante y le quitó el *high-ball* de la mano.

—En Earnley Castle tiene sirvientes de sobra —dijo—. ¿Quién eres tú? ¿Qué buscas? —preguntó.

—La verdadera identidad de Alison Larrymore. Ella no es quien dice ser.

—Yo no me meto en líos. Si es una impostora, allá ella.

—Sí, tienes razón. Pero, en tres meses, calculo, habrás podido enterarte de algunas de sus amistades...

Ketty entornó los ojos.

—Es curioso —dijo—. Hace algunas semanas, vino un tipo a verla. Bastante guapo, pero no de su clase. Hablaron durante un buen rato y luego ella le dio un cheque. Sé que se llama Mike Heats y... Aguarda un momento; ella anotó su dirección.

La doncella fue a una consola, en la que estaba el teléfono, abrió una agenda, pasó algunas hojas y, al fin, levantó la mano izquierda;

—Anota —dijo—. Tyers Street, veintiocho, Lambeth.

—Tengo buena memoria —sonrió Baxter—. Parece como si ese Mike y Alison hubiesen tenido cierta /elación en tiempos.

—Yo también pienso lo mismo. El cheque fue como una especie de paga de licenciamiento, supongo. Desde luego, Mike se fue contentísimo. Por eso está aquí su dirección, porque le dijo que la anotase por si volvía a necesitarle.

—Ketty, no sé cómo darte las gracias. De una cosa puedes estar segura; no diré hada de mi visita.

—Aguarda un momento.

Ketty corrió hacia Baxter. El joven la miró inquisitivamente.

— ¿Tienes mucha prisa? —preguntó ella, insinuante.

—Hombre...

—Estamos solos. Y tú me caes muy bien.

Baxter pellizcó la mejilla de Ketty. Era una joven de apetitosos contornos, pero no podía distraer un solo minuto a su tiempo.

—Tú también —dijo, tras una cortísima pausa—. Quiero decir que también me gustas una barbaridad, pero ahora tengo muchísima prisa. Si no tienes inconveniente, te llamaré por teléfono.

—Puesto que no hay otro remedio... —se resignó la doncella.

Minutos después, Baxter estaba en la calle. Tomó un taxi y le dio la dirección de Mike Heats.

* * *

La puerta se abrió sólo unos centímetros. Una voz recelosa dijo:

—No tengo nada que comprar. Lárguese.

—Usted no tiene nada que comprar, porque ya han comprado su conciencia, Mike. ¿O lo he soñado? —exclamó Baxter, sarcásticamente.

— ¿Es usted de la policía?

—No.

La puerta se abrió un poco más. Heats miró suspicazmente al joven.

—No, no parece un *poli* —dijo—. Pero ¿qué diablos quiere de mí?

Baxter enseñó un abanico compuesto de diez billetes de cinco libras.

—Hablar de Alison Larrymore.

—Entre.

Heats cerró la puerta. Luego sacó tabaco y fósforos, aunque no ofreció de fumar al visitante. Baxter se dio cuenta de que Heats estaba muy nervioso. No sólo le temblaba la mano con la que sostenía el fósforo encendido, sino también el cigarrillo en los labios.

—Tiene miedo —adivinó.

Heats expulsó el humo, nerviosamente.

—Sí. Lo admito. Pero le juro que yo no me imaginé nunca que la cosa iba a acabar tan desastrosamente. Artie era un tipo sanguinario. A él no le importó cargarse a un policía, ¿comprende?

Baxter se dio cuenta de que el sujeto estaba ya derrotado por el miedo. Y quizá no temía solamente a Scotland Yard.

— ¿Qué pasó? —quiso saber.

—Ella nos contrató. Dijo que la caja fuerte estaba oculta tras una pared de ladrillo. Quería que le llevásemos todos los documentos. Cuando estábamos terminando, apareció un policía. Artie le quemó la yugular con el soplete.

— ¿Quién es ella?

—No dio su nombre. Sólo dijo que encontraríamos los documentos y que, cuando se los entregásemos, nos pagaría mil libras a cada uno. Así lo hicimos... pero también es cierto que encontramos cinco mil libras en la caja fuerte. Artie y yo nos repartimos la *pasta*...

—Mike, ¿por qué tiene miedo?

Hace cuatro días, una lancha de la policía sacó el cadáver de Artie del fondo del Támesis. Tenía en la nuca un agujero de bala.

Baxter silbó tenuemente.

—Se comprende —dijo—. Pero, hay algo que me extraña, Mike. Le pagaron mil libras, más dos mil quinientas que se quedó del dinero que había en la caja fuerte, más... ¿Cuál era el importe del cheque que le entregó Alison?

—Cinco mil —rezongó Heats, de mala gana.

—Eso suman ocho mil quinientas libras. ¿Ha derrochado todo

ese dinero en poco más de medio año?

La boca de Heats se ladeó, en un gesto que era más bien una mueca de malhumor.

—Me he dado a la buena vida. Además, tengo mala *puntería* cuando he de acertar un ganador en las carreras. El dinero que llega fácil, se va fácil —contestó, con un toque final de filosofa barata.

—No hay duda —convino Baxter, sonriendo—. Pero volvamos a la mujer que les contrató. No sabe el nombre... ¿Vio su cara?

—Aguarde un momento, le explicaré cómo sucedió todo. Desde luego, yo no sé cómo se enteró de que Artie y yo éramos socios. Es de suponer que tendría buenas referencias... El caso es que Artie vino, me buscó, y fuimos juntos a una dirección. Alguien abrió la puerta, pero no vimos sino a la mujer... Digo que la vimos, porque la entrevista se desarrolló en una habitación casi a oscuras, con una sola lámpara que nos daba en la cara. Ella estaba detrás y hasta apostaría que tenía el rostro tapado con un velo negro. Nos indicó la dirección de la vieja fábrica y el lugar donde debíamos buscar. El premio era de mil libras para cada uno. Sólo citó los documentos, no habló de otra cosa, así que nos quedamos con las cinco mil libras. Como no se lo dijimos, ella no protestó.

—Lógico. Bien, Mike. ¿Qué pasó después, cuando encontraron los documentos?

— ¡Oh! Se los llevamos a casa, nos pagó y ya no la hemos vuelto a ver. La entrevista se desarrolló de la misma forma que en la primera ocasión.

—Mike, ¿puede decirme dónde está la casa?

—Se lo diré, pero perderá el tiempo.

— ¿Por qué? —se extrañó Baxter.

—Artie pensó después, como cuatro o cinco semanas más tarde, que la fulana era rica y que merecería la pena hacer una visita a su caja fuerte particular. Naturalmente, empezó a procurarse informes y descubrió que el apartamento había sido alquilado, amueblado, pero que la señora Jones sólo había residido allí una semana. Naturalmente, el nombre de Jones, puede imaginárselo, es falso. Y si estuvo tan poco tiempo, fue porque era lo que necesitaba para las dos entrevistas.

—Desde luego, pero resultaría útil que me diera la dirección. Así, yo me entrevistaría con el gerente del edificio.

— ¡Oh, si quiere tomar nota...!

Baxter escribió en una agenda. Luego miró al todavía aprensivo Heats.

—Mike, ¿qué hubo entre Alison Larrymore, y usted? —preguntó.

—Verá, ella y yo nos conocimos hace años. Incluso fuimos amantes, ¿para qué negarlo? Después, nos distanciamos. Un día me

enteré de sus jaleos con la herencia y al cabo del tiempo fui a visitarla. Ella me dio un cheque y eso es todo.

—Mike, no me engañe. Nadie da cinco mil libras sólo como recuerdo de los buenos ratos pasados juntos.

Heats desvió la mirada.

—La verdad es...

—Quiso hacerle chantaje.

—Sí —admitió el sujeto, a media voz.

—Eso significa que conoce su verdadero nombre

—Sí.

— ¿Por qué no me lo dice?

La lengua de Heats se asomó para humedecer los labios, demasiado secos.' Luego agarró la botella y vertió parte del licor en un vaso. Entonces, se oyó un leve chasquido.

Heats se tambaleó. Baxter vio el impacto de la bala en su pecho y, con enorme agilidad, saltó al otro lado del diván. Un segundo después, percibió el sonido del segundo disparo. La bala, esta vez, fue dirigida a la frente del sujeto.

Mientras Heats se desplomaba, muerto en el acto, Baxter miró hacia la puerta, que se cerraba rápida y silenciosamente. El asesino había actuado en un momento muy oportuno, pensó.

No obstante, corrió hacia la puerta, pero no pudo abrir. Alguien había puesto un obstáculo en el exterior. Se trataba sólo de un pequeño listón de madera, que saltó después de varios tirones. Pero aquella pérdida de tiempo, se dijo amargamente, era suficiente para que el asesino pudiera escapar sin temor a ser visto.

* * *

—Una de las cosas que ya sabemos positivamente es que Alison Larrymore es una impostora. Claro que yo lo sospeché desde el principio, pero la entrevista con Heats me lo ha confirmado.

Beryl asintió, mientras servía el té. Baxter encendió un cigarrillo.

—Ahora bien, lo que yo no comprendo es por qué, si usted es la heredera del viejo Larrymore, se llama Beryl y no Alison. Porque me imagino que el nombre auténtico es éste y no el que usa usted.

—En eso tiene toda la razón. La verdad es que también me llamo Alison, pero a mi difunto esposo no le gustaba en absoluto. Eso sucedía cuando aún yo creía en él, de modo que acepté que me llamase Beryl. Y, si he de serle sincera, el nombre de Alison no era tampoco demasiado de mi agrado, así que he seguido usando el nombre de Beryl por inercia. ¿Satisfecho?

—También a mí me gusta más —sonrió él. Consultó la hora—. Ya es un poco tarde, así que no haré nada hasta mañana, salvo

proteger la casa. Me he traído el material y... Mañana empezaré a indagar sobre la señora Jones. El gerente del edificio no conocerá otro nombre, aunque espero que pueda darme su descripción física. Y tengo que buscar, también, rastros de Mike Heats.

— ¿Heats? ¡Pero si está muerto!

—Hubo un tiempo en que vivía y era el amante de Alison. Alguien tiene que acordarse, en alguna parte, de esas relaciones... y por ello podremos conocer el verdadero nombre de la impostora.

Baxter apuró su taza de café y se puso en pie. Miró, un instante, a través de la ventana; la calle estaba ya a oscuras, alumbrada solamente por algunos faroles. Al cabo de unos segundos, agarró el saco que había traído consigo y salió al jardín.

La tarea duró dos horas. Eran más de las diez de la noche, cuando volvió a la casa.

La sala estaba vacía. Baxter se alarmó.

— ¡Beryl! —llamó.

La voz de la joven bajó desde el primer piso:

—Aquí, Budd.

Baxter se dirigió hacia la escalera. Había una puerta abierta, pero la luz de la habitación era muy escasa. Desde el umbral, divisó a Beryl, vestida solamente con un camisón transparente, recostada con lánguida actitud en las almohadas.

— ¿Qué has estado haciendo? —preguntó ella.

—Una alarma de mi invención. Alguien puede sentir deseos de llegar a deshoras.

—Eso significa que estamos seguros.

—Moderadamente seguros. A menos que no nos tiren una bomba...

—No lo harán. Parece que no les gusta el ruido.

—Eso es lo que yo pienso.

—Budd, antes has dicho que estamos seguros.

—Sí.

—Entonces, entra y cierra la puerta.

Baxter vaciló. Beryl sonrió en la penumbra.

—Eres un hombre valiente. Te he visto atacar a dos forajidos armados con pistolas, empleando solamente tus manos. ¿Vas a tener miedo, ahora, de una indefensa mujer?

—Las mujeres indefensas tienen unas armas muy poderosas, sólo resistibles por cierta clase de hombres.

— ¿Cuáles son esos hombres?

—Los... los que no lo son, Beryl.

Ella rió suavemente.

—Tú eres un hombre —afirmó—. Y el instinto me dice que no estoy equivocada.

Baxter cerró la puerta lentamente.
—No, no estás equivocada —dijo.

CAPITULO VIII

De repente, en el silencio de la noche, se oyó un agudo grito.

Beryl despertó sobresaltada. Baxter sonrió en la oscuridad.

—No temas, preciosa —dijo—. La trampa ha dado resultado.

Ella, sentada en el lecho, se volvió para mirarle. Baxter alargó la mano y buscó a tientas los cigarrillos y el encendedor.

— ¿Cuál es la trampa? —preguntó Beryl, con la sábana hasta el pecho, en el momento en que él hacía funcionar el encendedor.

—Electricidad.

— ¿Cómo?

—Un cable conductor, sujeto a la valle de tu jardín, con el debido aislamiento, por supuesto, y conectado a una toma de corriente en la casa. No dará descargas mortales, a menos que tengan los pies mojados y descalzos, pero el intruso habrá notado la sacudida y ha escapado, pensando en que dentro de esta casa ha funcionado una especie de alarma.

Beryl sonrió.

—Eres un tipo muy astuto —dijo—. Creo que he tenido mucha suerte al conocerte.

—La suerte es mía —sonrió él—. Pero lo que acaba de suceder me indica la conveniencia de que cambies de domicilio durante algunos días.

—No tengo adonde ir...

—Harrison Rowles, el gerente que alquiló un departamento a la señora Jones, tendrá uno para ti, con toda seguridad. Mejor dicho, para los dos, porque así dejaré yo el hotel.

—Si alquilas ese apartamento con tu nombre...

—Seremos el señor y la señora Johnson. Un nombre también muy corriente, ¿no te parece? Y, en lugar de llamarte Beryl, te llamarás Agatha, que también es nombre de piedra preciosa.

De pronto, Beryl se arrojó sobre él.

—Eres un hombre encantador —exclamó, apasionadamente.

A las once de la mañana, Harrison Rowles entregó al señor y a la señora Johnson la llave de uno de sus apartamentos. Baxter pagó el importe de la renta y luego, de pronto, como si olvidase algo, exclamó:

—Por cierto, me he enterado de que en ese edificio vive también una conocida nuestra, la señora Jones.

— ¡Olí!; sólo estuvo una semana. Se marchó muy pronto, a pesar de que dijo que el apartamento le gustaba muchísimo.

—Y no le dio la dirección.

—No, lo siento.

— ¡Qué lástima! Mi esposa y ella estudiaron juntas, y teníamos interés en vernos... La señora Jones es una joven rubia, gordita, de mediana estatura, me parece...

— ¡Oh, no, en absoluto! Temo que se equivoca por completo, señor Johnson—dijo el gerente—. La señora Jones es guapísima, con perdón de su bella esposa. Muy alta, elegantísima, pelo rojizo, ojos verdosos...

«Helen Brown, no cabe la menor duda», pensó Baxter.

—Está bien, tal vez se trata de otra señora Jones —dijo, con la mejor de sus sonrisas—. Es un apellido tan común...

A mediodía, estaban instalados ya en el nuevo domicilio.

—No creo que se les ocurra buscarte aquí —dijo Baxter—. Por supuesto, tendrás que permanecer encerrada todo el tiempo.

—Y tú saldrás, ¿adónde?

—Tengo que encontrar algún conocido de Heats. Alguien tiene que haberle visto con Alison, hace años. Alguien recordará el verdadero nombre de la impostora.

Baxter se dirigió hacia la puerta.

—Y no abras a nadie, bajo ningún pretexto, sea quien sea —se despidió.

* * *

Cuatro días más tarde, Baxter, después de innumerables preguntas, encontró, al fin, la primera pista sobre el asunto que tanto le interesaba.

La pista fue proporcionada por una mujer de unos treinta años, muy pintada y con aspecto de saber todo sobre la vida y el amor. Al ver su escote, en el que la mesura brillaba por su ausencia, Baxter pensó que el aparato de nilón que sujetaba aquel voluminoso pecho debía de ser dos tallas inferior a la adecuada. Pero Ruby Tate parecía sentirse muy orgullosa de lucir sus exuberantes pectorales.

—El que te puede decir algo es Tom Nolan —indicó la mujer—. Sé que era muy amigo del difunto Heats, pero ignoro todo lo demás.

— ¿Puedes decirme dónde puedo encontrar a Tom?

Ruby sonrió profesionalmente.

— ¿Tienes mucha prisa?

Baxter emitió un suspiro mental. Sacó dos billetes de diez libras

y los sujetó con el índice y el pulgar.

—Como si te hubiera despeinado —dijo, maliciosamente.

Ruby sí suspiró con todo realismo.

—Está bien. Le avisaré por teléfono —dijo.

La rubia se marchó, para volver a los pocos minutos.

—Tom te aguarda en el Golden Legs —declaró—. Está en la cuarta mesa de billar, contando desde la entrada.

—Golden Legs —sonrió Baxter—. ¿Quién tiene las *Piernas de oro?*

—La dueña, en sus buenos tiempos. Ahora pesa ciento diez kilos.

Baxter pellizcó suavemente la carnosa cadera de la rubia.

—No la imites —se despidió.

—Ten cuidado con Tom. Es un mal bicho —calificó Ruby.

El Golden Legs estaba a trescientos pasos de distancia, en la misma acera. Cuando Baxter entró, el local aparecía completamente desierto, a excepción de un aburrido *barman* y un hombre que realizaba cansinas jugadas con las bolas y el taco.

Baxter hizo una señal con la mano.

—Lleve dos dobles del bueno a aquella mesa —dijo, a la vez que dejaba un billete de una libra sobre la barra—. Y guárdese la vuelta.

—Bien, señor.

Baxter llegó a la cuarta mesa. En la pared, estaba el estante de los tacos. Cogió uno y empezó a darle tiza. Cuando Nolan hubo lanzado un golpe, él apuntó con todo cuidado y disparó el taco contra una de las bolas.

—Soy Baxter —dijo, a media voz—. Tómese un buen trago, Tom.

El otro se inclinó para calcular la siguiente jugada.

—No es policía —murmuró.

—No.

—Entonces, ¿qué diablos quiere de mí?

—En tiempos, usted fue un gran amigo de Heats.

—Muy amigo.

—El tenía una fulana guapísima.

—Sí.

— ¿Cómo se llama?

Inesperadamente, Nolan hizo voltear el taco y, agarrándolo por la parte más delgada, dirigió un terrible golpe a la frente de Baxter.

El taco encontró un obstáculo. Baxter, reaccionando con no menor rapidez, había alzado el taco sobre su cabeza, sujetándolo con ambas manos. Era como una *Naginata,* aunque sin hoja afilada en su extremo.

Nolan respingó. Varió su táctica y dirigió el siguiente ataque al estómago de su oponente.

Baxter desvió y contraatacó. Para su sorpresa, Nolan resultó ser un magnífico esgrimidor. En la barra, el *barman* contemplaba la lucha con aire indiferente.

Durante unos momentos, los dos hombres se limitaron a un furioso intercambio de golpes. Baxter comprendió que, de alguna forma, Nolan era también un excelente practicante de las Artes Marciales. Pero el tipo también estaba sorprendido.

Al fin, encontró un hueco y golpeó una rodilla con la parte más gruesa del taco. Nolan gritó, se tambaleó y acabó apoyándose en la mesa de billar con ambas manos.

— ¡Basta! ¡Es mejor que yo! —reconoció.

Baxter sonrió, a la vez que dejaba su taco sobre el verde tapiz. Fue hacia la otra mesa y regresó con los vasos de whisky.

—Aunque no lo crea, soy amigo —dijo.

Nolan le miró recelosamente.

—A Mike le dieron una muerte de perro —gruñó.

Baxter no quiso decir que, a fin de cuentas, Heats se lo había buscado. Nolan era un caso infrecuente de amistad y no quería herir sus sentimientos.

—Lo sé. Yo estaba con él cuando le pegaron dos tiros.

—Usted... —Nolan le miró asombrado—. ¿Qué hacía allí?

—Lo mismo que aquí. Preguntas.

Nolan se frotó la rodilla.

— ¡Duele, demonios! —gruñó—. Yo pensé que usted sería alguno de la banda que *apioló* a Mike.

—No. Al contrario, soy su adversario. Tom, no tengo mucho tiempo que perder. Se lo pagaré bien, por supuesto, pero quiero que me diga cuál es el verdadero nombre de la chica de Mike, la que luego, usted tiene que saberlo por la Prensa, ha resultado ser heredera de una enorme fortuna.

Nolan emitió una irónica carcajada.

— ¡Esa ramera! —calificó, crudamente—. Cuando el pobre Mike la conoció, ella buscaba clientes por las calles. Entonces, se hacía llamar Fay Tower. Luego, no sé cómo, ella subió y dejó plantado a Mike. Un día, Mike me enseñó los periódicos. Imagínese, una golfa de a diez chelines, dueña de millones... y hasta un título. Mike dijo que eso iba a ser una mina para él...

—Lo que encontró fue plomo, Tom —dijo Baxter, severamente. Sacó dos billetes de cinco libras—. Gracias por la información —se despidió.

El *barman* juntó y separó las manos tres veces.

—Bonita pelea, sí señor —elogió.

Baxter correspondió con el saludo del boxeador vencedor. Luego salió a la calle.

Caminó una veintena de pasos. De pronto, un taxi se paró junto a la acera.

—Suba, caballero —dijo el taxista.

En el asiento posterior, alguien enseñó una pistola, discretamente oculta por un periódico.

—La carrera está pagada —señaló Mace Rayner.

* * *

La carrera terminó en una casa relativamente aislada. Baxter se dejó conducir hasta el edificio, sin oponer la menor resistencia. Instantes después, en la sala a que había sido llevado, apareció Helen Brown.

— ¡Mace, déjanos, por favor! —ordenó—. Pero no te vayas del vestíbulo.

—Está bien.

Helen vestía una larga bata de color rojo fuego y sonreía mientras llenaba dos copas de cristal tallado.

—*A* estas horas, me parece, el jerez resulta muy apropiado —dijo.

—Si es bueno, resulta a toda hora —contestó él.

Helen le entregó una copa. Baxter contempló primero el vino al trasluz y luego lo olfateó, para, finalmente, ponerse unas gotas en la punta de la lengua.

—Tío Pepe, cosecha 1941 —dijo ella—. Muy apreciada por los verdaderos entendidos.

—Lo cual significa que tú no lo eres. Es jerez sudafricano, mejorado con una cuarta parte de español, a lo sumo. Si te dijeron esa marca y la cosecha, te estafaron.

— ¡Vaya, eres un experto en vinos! —se sorprendió ella.

—Por eso no lo tomo. —Baxter dejó la copa a un lado—. Y bien, ¿cuál es el motivo del viaje gratuito en un taxi?

—Budd, sabíamos que ibas a venir. Pensábamos que podías venir, mejor dicho, tú o alguien de tu familia. Pero has resultado ser una gran molestia.

—Me pongo en tu lugar —sonrió él.

—Y hemos decidido hacerte una proposición.

— ¿Sí?

—Veinticinco mil libras y el pasaje de vuelta. —La mano de Helen se apoyó en la consola del servicio de licores, encima de un sobre muy abultado—. Aquí está todo, pero habrás de permitimos que te acompañemos a Heathrow.

—Allí hay un aeropuerto, me parece —sonrió él, burlón—. ¿Qué pasaría, si me negase al viaje hasta Heathrow?

—No tienes otra elección, Budd.

—Una vez quisiste narcotizarme y luego meterme en un baúl. ¿Sigues pensando en lo mismo?

—Sí.

—Helen, empiezo a pensar que tienes a Alison agarrada por el cogote. Tú no podías representar el papel de la nieta de Larrymore, pero ella sí. Pero no lo hiciste por filantropía, ¿verdad?

Helen adelantó el busto, arrogante.

—Dentro de nada, Alison va a empezar a vender propiedades y a transferir acciones y bonos bancarios. La fortuna del viejo Larrymore asciende, mal contada, a dos millones. Aunque perdamos una cuarta parte de la operación, Alison recibirá la mitad y yo la otra mitad.

—Setecientas cincuenta mil libras. No está mal, Helen.

—El plan valía la pena, ¿no es cierto?

—'Un plan que ha costado ya varias vidas.

Ella hizo un gesto despectivo con la mano.

—Budd, ¿qué haces tú con la mosca que te molesta? —preguntó.

—Para ti, por lo visto, soy una mosca a la que es preciso aplastar.

—A menos que aceptes mi oferta.

—Lo cual significa que me consideras peligroso.

—Sí, lo admito.

—En tal caso, lo siento. No puedo aceptar.

Entonces, lentamente, Helen se quitó la bata. Baxter advirtió que debajo llevaba puesta una malla negra, corta de mangas y perneras, de modo que tanto los brazos como las piernas quedaban al descubierto.

—En tal caso, voy a matarte —dijo ella, fríamente.

CAPITULO IX

Hubo una leve pausa de silencio. La indumentaria de Helen, muy ajustada a su espléndido cuerpo, se completaba con unas zapatillas de suela un tanto gruesa, sujetas a sus pantorrillas por finas correas de cuero. Ella sonrió al apreciar cierta sorpresa en el rostro de Baxter.

—Sé que eres un experto en Artes Marciales. A mí también me ha gustado practicar ese género de lucha; no sólo es conveniente para la defensa personal, sino que mejora la silueta y afirma la carne.

—Eso salta a la vista —sonrió él.

—Pero yo he añadido algunos trucos de mi propia invención. Por ejemplo... ¡éste!

Sonaron dos ligeros chasquidos. Asombrado, Baxter se dio cuenta de que ella había golpeado el suelo ligeramente con los tacones de sus zapatillas. Ahora, sobresaliendo de las punteras, se divisaban dos agudas hojas de acero, de unos diez centímetros de longitud, por dos de ancho, afiladas por ambos bordes y tan cortantes como el escalpelo de un cirujano.

Helen sonrió burlonamente.

—Estás sorprendido —dijo.

—Sí, lo confieso, porque llegué a pensar que eres mujer que prefiere dar muerte a un adversario de otra forma distinta y mucho más agradable —respondió Baxter.

— ¿Cómo piensas que debería matarte?

—De amor.

Ella volvió a sonreír.

—Entonces, puede que yo sea la víctima y eso no me conviene —dijo.

De pronto, emitió un potente grito:

— *¡¡Kiai!!*

Al mismo tiempo, daba dos pasos hacia adelante y saltaba a lo alto, moviendo los pies en tijereta. Baxter se dejó caer de espaldas, desesperadamente, porque sabía que aquellos malignos cuchillos podían herirle en muchas partes del cuerpo. Una vez estuvo en el suelo, rodó dos veces sobre sí mismo, a fin de esquivar un posible puntapié en el costado.

Helen, fallado el primer ataque, maldijo obscenamente.

—Tienes una lengua de ramera barata —dijo él.

Los ojos de la mujer emitían un insano brillo. De súbito, amagó con el pie izquierdo y disparó él derecho, dirigido el cuchillo a la ingle de Baxter.

El joven saltó levemente a un lado, girando, al mismo tiempo, un cuarto de vuelta a su derecha. Simultáneamente, disparó el brazo derecho en *Teisho uke* o golpe de *karate,* con la muñeca, levantando hacia arriba, a fin de alcanzar la parte carnosa de la pantorrilla. Helen perdió la sustentación y cayó de espaldas.

Pero fue una caída sin daño. Baxter simuló arrojarse sobre ella; entonces, Helen alzó los dos pies juntos, las piernas rectas y rígidas, como una lanza de doble hoja. Si Baxter se .hubiese lanzado hacia adelante, él mismo se habría ensartado en las cuchillas.

Retrocedió un paso. Helen, con agilidad circense, usando los hombros y los talones como puntos de apoyo, se levantó de un salto.

—El duelo se está poniendo muy interesante —dijo, sonriendo.

—Es una lástima que no pueda ser un duelo de otra clase.

— ¿Una batalla amorosa en un campo de plumas?

Helen se movía en círculo, agitando las manos levemente, rígidas, planas, los ojos fijos en Baxter, dispuesta a atacar de nuevo.

—Me hubiera gustado ser protagonista de esa batalla, desde luego, pero antes de conocerte como eres, en realidad —dijo él—. Ahora me clavarías un puñal en la espalda...

—Y morirías en pleno éxtasis —rió ella.

De súbito, volvió a gritar y cargó contra Baxter. En el último instante, saltó y se proyectó hacia su adversario, con los pies muy juntos por delante.

Esta vez, Baxter estaba prevenido. Cuando ella inició la acción, agarró una mesita baja, de valiosa madera, y la puso ante sí como escudo.

La caoba crujió cuando las dos puntas se clavaron en ella profundamente. Helen cayó de espaldas, gritando de rabia.

Baxter se echó a reír.

—Jerez sudafricano —dijo—. Te engañaron ignominiosamente.

Sentada en el suelo, Helen forcejeaba por desclavar los cuchillos. A Baxter le recordó los prisioneros de la Edad Media, con los pies metidos en el cepo.

— ¡No podrás escapar! —gritó ella—. ¡Mace está en el vestíbulo...!

—Tienes razón; me había olvidado de ese asesino.

Vaciló un momento. En aquel instante, Helen lograba desclavar las cuchillas y se ponía en pie

Baxter abrió la puerta. A dos pasos de distancia, Rayner se

volvió.

— ¡Eh! ¿Qué diablos...?

Baxter atravesó el umbral. Con el rabillo del ojo, vigiló la frenética carrera de Helen. Casi en el último instante, agarró al desconcertado Rayner por los hombros y lo hizo girar en redondo, a la vez que lo lanzaba hacia atrás.

Helen ya no podía refrenar su salto con los pies hacia adelante. Las dos cuchillas se hincaron profundamente en los riñones de Rayner, de cuya garganta brotó un grito horrible. Rayner y Helen cayeron al suelo, revueltos en confuso montón.

Ella no se sentía menos aturdida por el fracaso de su intentona. Cuando quiso reaccionar, Baxter abría ya la puerta exterior.

El chófer se hallaba en la entrada.

—Ella le llama —dijo Baxter.

La treta surtió efectos. El chófer cruzó el umbral, lo que aprovechó Baxter para golpearle en el cuello con el filo de la mano.

Helen estaba en el suelo, de costado, apoyada en un codo. Sus pupilas verdosas emitían destellos de odio infinito. A su lado, Rayner se quejaba con voz progresivamente débil.

Baxter hizo un alegre gesto con la mano.

— ¡Adiós, preciosa!

—Adiós, no; hasta la vista. Y la próxima será la definitiva —chilló Helen, en el momento en que se cerraba la puerta.

Cuando Baxter cruzó el jardín, vio parado un coche junto a la entrada. Abrió la portezuela. Las llaves estaban puestas.

—Ella podrá usar su taxi propio —dijo alegremente, a la vez que daba el contacto.

* * *

—He progresado bastante, pero todavía me falta hablar con una persona —dijo Baxter, mientras removía el café de su taza.

— ¿Quién es? —preguntó Beryl, ya enterada de lo sucedido.

—Tu doble.

— ¿Suzy Hatcher?

—Sí.

—Pero ella no te podrá decir nada que no sepas ya —alegó Beryl.

—Bueno, es que la conversación que tuvimos el primer día fue muy breve. Ahora me gustaría conversar con ella sin tantas prisas.

— ¿Crees que puede decirte algo interesante?

—Si no lo creyera, no iría a verla.

— ¿Ahora?

Baxter contempló el rostro de la chica durante unos instantes. En

los ojos de Beryl había una llamada que no podía por menos de captar. Lo que sucedía era que no quería escuchar aquella llamada.

Baxter consultó su reloj de pulsera.

—Ahora —decidió.

—Has llevado un día muy agitado —dijo Beryl, mimosamente.

—Ya. Quieres ser el reposo del guerrero.

Ella sonrió.

—Si lo tomas en ese sentido…

Baxter se levantó, dio dos pasos, se inclinó y besó la suave mejilla de la joven.

—No me esperes —se despidió.

Beryl se quedó muy decepcionada. Baxter lo vio en su cara en el momento de cerrar la puerta. Cruzó el jardín, desconectó el cable eléctrico para poder salir sin inconvenientes y, tras conectarlo de nuevo, echó a andar en busca de un taxi.

Una hora más tarde, una joven, envuelta en una bata, abrió la puerta de su casa.

— ¡Usted! —dijo Suzy Hatcher.

—Me pareció que no te cambiarías de domicilio —sonrió Baxter.

—Me marché aquella misma tarde, pero volví un par de días después. Helen me telefoneó. Yo le dije que usted lo había descubierto todo. Ella contestó que ya lo sabía y que no tenía importancia. Es todo lo que puedo decirle.

— ¿En la puerta?

El somnoliento rostro de Suzy pareció animarse un tanto. Dio un paso lateral y movió la mano ligeramente.

—Dentro de la casa se habla con más comodidad —admitió.

Baxter cerró la puerta. Ella se acercó a una estantería en la que había algunos libros y adornos de cerámica barata. Un sector de la estantería estaba destinado a las botellas.

— ¿Escocés? —sugirió.

—Sí, gracias.

—Siéntate, te lo ruego.

Suzy se reunió con él segundos más tarde.

— ¿Qué es lo que quieres saber? —preguntó.

—Todo —dijo él—. Empieza desde el principio y procura no omitir ningún detalle. Es decir, cuéntame a partir del momento en que conociste a Helen Brown.

Suzy se concentró unos instantes. Tomó luego un trago y dijo:

—A Helen la vi yo por primera vez en el Golden Legs. Entonces no era una mujer tan sofisticada. O quizá vestía con más modestia, para no estar fuera de ambiente. Ella vino un día, hace ya bastantes meses, tomó una copa y luego se marchó. A la semana siguiente, volvió y se puso a hablar conmigo de temas corrientes. Ahora me doy

cuenta de que me estaba estudiando. Nos hicimos relativamente amigas y un día, cuatro semanas después o algo así, me propuso este trabajo. Como estaba bien pagado, no vi inconveniente en aceptar. Pero tú descubriste la trampa muy pronto.

Baxter sonrió.

—Sí, es cierto. ¿Qué más?

Suzy se encogió de hombros.

—No recuerdo nada de importancia. Se ve que ella buscaba a una chica muy parecida a la del pleito y me encontró a mí. ¿Es cierto que la auténtica heredera tiene orejas marcianas?

—Sí, es cosa de familia, pero no son marcianos, por supuesto. Además, el defecto, si se considera como tal, es muy ligero. Suzy, dime una cosa. ¿Viste a Helen hablar con alguien en el Golden Legs?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—Algunos tipos se le acercaron. Ella charló y rió con todos, pero no aceptó ninguna proposición. Helen no iba a buscar clientes, está claro.

Baxter se había acordado de Tom Nolan, el gran amigo de Mike Heats, pero desechó en el acto la idea de una posible complicidad. No, Helen no se relacionaría en modo alguno con un tipo como Nolan; en todo caso, lo contrataría como matón o guardaespaldas, pero, por lo que sabía, ya tenía su propia *cuadra* y no necesitaba a Nolan en absoluto.

Los ojos del joven recorrieron el interior de la casa.

—Ahora te has mudado aquí —dijo.

—Bueno, las mil libras me hicieron progresar en la escala... social —contestó ella, maliciosamente.

—Sí, parece lógico.

—Pero no recibo a todo el mundo. Ahora puedo permitirme el lujo de elegir. La mayor parte de las veces, hago mi elección por teléfono.

—Eso es mejor que buscar clientela en una taberna poco recomendable —convino Baxter—. Dime, ¿conociste alguna vez, a una tal Fay Tower?

— ¡Claro! Ahora se hace llamar Alison Larrymore. ¡Vaya una fulana con suerte! Me pregunto, por qué Helen no me eligió a mí para desempeñar ese papel.

—Quizá tú eres demasiado independiente. Ella necesita alguien que obedezca estrictamente sus órdenes.

—Es posible.

Baxter apuró su vaso y se puso en pie.

— ¿Te vas? —preguntó Suzy.

—Tengo trabajo —alegó él.

Suzy respingó.

— ¿Trabajo... a las once de la noche?
—Bueno, quiero decir que mañana tengo que madrugar mucho...
La mano de Suzy tiró de su visitante.
— ¿A qué hora quieres despertarte? —preguntó sonriendo.
—Gracias, tengo mi propio despertador.
—Es una lástima. Me gustas muchísimo.
—Cuando oigo a una mujer hablar de esa forma, me pongo muy tierno. No sigas, por favor —rió Baxter, mientras se encaminaba hacia la puerta—. Suzy, no sabes cuánto te agradezco este ratito de charla.
—Ven otro día sin tantas prisas —dijo ella.

* * *

Beryl despertó por la mañana y oyó ruido de cacharros, en la cocina. Percibió olor a huevos fritos y café y se levantó rápidamente.
Vestida solamente con un pijama de pantalones cortos, apareció en la cocina.
— ¿Cuándo has llegado? —preguntó.
Baxter metía unas rebanadas de pan en el tostador, en aquellos instantes.
—Tarde. Por eso no te quise despertar.
—Te odio, Budd.
—Gracias, preciosa. Si te peinas un poco, al terminar, tendrás listo el desayuno.
Ella consultó el reloj eléctrico que había sobre una de las paredes de la cocina.
—Pero si sólo son las ocho de la mañana —se escandalizó.
—Ya lo sé. A las nueve se abren las oficinas públicas.
— ¿Cuál te interesa a ti?
—Una muy especial, en el Ministerio de Trabajo.
Beryl se quedó con la boca abierta.
—No te comprendo en absoluto —manifestó—. ¿Qué vas a buscar allí?
—Datos. Ya lo sabrás cuando haya regresado. Por cierto, tendré que alquilar un coche. Mañana viajamos a Earnley Castle.
—Budd, la cabeza me da vuelas. ¿Por qué no eres más explícito?
—Si no te das prisa en peinarte, los huevos se enfriarán y las tostadas se endurecerán.
Beryl elevó los brazos al cielo.
—Me parece que he caído en poder de un ogro —dijo
— ¡Ah!, ¿piensas que devoro a las personas?
—Por lo menos, me obligas a actuar como una marioneta. ¿Quién sabe si no acabaré asada en tu mesa?
—Podría ser, si tuvieses cuatro o cinco meses de edad. Pasado

ese tiempo, los niños al horno salen ya muy duros —contestó Baxter, con toda seriedad.

Ella acabó por reír y se encaminó al baño. Pero su sorpresa fue enorme cuando, al volver a la cocina, vio que Baxter había desaparecido.

Sobre la mesa, encontró una nota: «NO TE MUEVAS NI ABRAS A NADIE.»

Beryl suspiró y atacó el desayuno con resolución. El instinto le decía que debía confiar en Baxter ciegamente.

CAPITULO X

El coche, al fin Baxter había alquilado uno, rodaba a moderada velocidad por una campiña en la que el sol, cuando atravesaban sus rayos los huecos de las nubes, ponía fulgores de esmeralda. Sentada junto al conductor, Beryl fumaba plácidamente un cigarrillo.

—Todavía no me has dicho qué encontraste en el Ministerio de Trabajo —se quejó repentinamente.

—Estuve revisando nóminas de empleo, y liquidaciones de Seguridad Social.

— ¿Cómo?

—Lo que oyes. Nóminas de los trabajadores de la vieja fábrica de tu abuelo.

—No comprendo en absoluto. ¿Qué tiene eso que ver con...?

—Más de lo que te imaginas. Alguien sabía que la caja fuerte del abuelo estaba oculta tras un muro de ladrillos.

—Los albañiles que lo construyeron, por supuesto.

—En las nóminas, donde se especifica el puesto de cada cual, no aparecen albañiles como empleados en la fábrica. Seguramente, si en alguna ocasión se necesitó alguna reparación, contrataron albañiles independientes. Pero alguien sabía que la caja estaba tras el muro de ladrillo.

—Helen Brown, alias la señora Jones.

—Y el que le informó del dato.

— ¿Lo conoces?

—Sí.

—Apostaría a que era el abogado Woodle. Ese tipo, tan relamido, me pareció siempre un traidor. Pero ¿no le llamaba Hootie ella?

Baxter hizo un leve movimiento de cabeza.

—Helen llamó a Hootie, cuando me tenía atado en su cama —respondió—. Y lo que sí resulta indudable es que Woodle está metido en el asunto hasta el cuello.

Beryl emitió un hondo suspiro.

— ¡Las cosas que se hacen por dos millones! —exclamó—. Budd, te aseguro que si tuviera que elegir, dejaría esa fortuna.

— ¿De veras? No parece que la rechaces...

—Quiero decir, elegir entre el dinero y un hombre.

—Ya elegiste una vez.

—Y fracasé, lo admito. Pero ahora la cosa resultaría de muy distinta manera. No fracasaría.

—Cualquiera diría que ya has hecho tu elección.

—Quizá —sonrió Beryl.

De pronto, al remontar una colina, vieron, en el horizonte, la silueta del castillo de Earnley.

—Bien, ahí tenemos un castillo en Escocia —sonrió él—. ¿Con fantasmas?

—El abuelo no mencionó nunca ese detalle. Y yo no creo en los fantasmas, Budd.

—Earnley Castle perteneció, desde tiempo inmemorial, al clan Larrymore. ¿Conoces los colores de ese clan?

—Verde, rojo, negro y amarillo. Pero nunca los he usado...

—Ahora los lleva una impostora. ¿Por qué Alison se ha prestado a esa comedia, sabiendo que, tarde o temprano, puede ser descubierta?

— ¿No crees que debiéramos preguntárselo a ella misma?

—Es lo más sensato, por supuesto, aunque no se lo preguntaremos antes del momento adecuado.

Un par de minutos más tarde, Baxter detuvo el coche. Beryl le miró, extrañada.

— ¿Qué pasa?

Baxter sacó cigarrillos. Después de encender el suyo, contempló durante unos momentos la recia silueta de Earnley Castle.

El castillo estaba situado en la cúspide de una loma de suaves pendientes, cubierta de verdor, y estaba compuesto por un cuerpo principal y dos recias torres, cilíndricas, con remate almenado. Si, en tiempos, sirvió como fortaleza en las legendarias luchas tribales de los habitantes de las Highlands, andando los siglos, se había convertido en un palacio, perdida ya su razón de ser bastión contra los enemigos que, al fin, habían hecho las paces. El estilo primitivo se conservaba perfectamente, aunque con la inevitable concesión de ventanas en los muros, ventanas realizadas en el estilo del final del período gótico Windsor.

A dos millas al Noroeste se veía un pequeño lago, que brillaba como un ojo de plata. Había prados en abundancia, césped, un par de bosques espesísimos... La posesión, se dijo Baxter, valía la pena. En los bosques, además, debía de haber ciervos y gamos. Una vida deliciosa, suspiró.

— ¿Vamos a estar aquí mucho rato? —preguntó ella, impaciente.

Baxter hizo arrancar el coche y lo metió muy despacio por un

prado, hasta situarlo al otro lado de un enorme seto. Luego se apeó, fue al maletero, levantó la tapa y sacó una cesta de mimbre.

— ¿Qué te parece una merienda campestre, para pasar el rato? —preguntó sonriendo.

Beryl hizo un gesto afirmativo.

—Piensas en todo —dijo.

—La vida del hombre prevenido puede resultar breve por la voluntad de los dioses, pero no cabe duda de que es deliciosa —contestó él sentenciosamente.

* * *

Al atardecer pasó un coche raudamente hacia el castillo. El sonido del motor llegó demasiado tarde a la pareja. Baxter no tuvo tiempo de ver a los ocupantes del vehículo.

Un cuarto de hora después, pasó un segundo automóvil.

—Earnley Castle se va a ver muy concurrido esta noche —comentó Baxter.

—Lo que no entiendo es qué vamos a sacar de este viaje —exclamó Beryl, muy intrigada.

—Tu herencia y tu título, lady Larrymore-on-Earnley. ¿Te parece poco?

—Budd, permíteme que dude un poco. ¿Cómo piensas conseguirlo? Ellos tienen todos los documentos, cuentan con una sentencia judicial…

—Y con una chica más inocente de lo que ella misma cree, a la que obligarán a firmar documentos de venta de tus posesiones. Una vez que tengan el dinero contante, ¿qué podrás hacer tú?

—Creo que empiezo a comprender, aunque si no rescatamos los documentos, ellos acabarán por salirse con la suya.

—Todavía no lo han conseguido.

Baxter empezó a recoger platos y cubiertos, para volverlos a la cesta. Al terminar, la llevó al maletero.

—Esperaremos a que se haga de noche —dijo—. Por fortuna, contamos con la luna.

Beryl ya no quiso decir nada, sabiendo que tendría que resignarse a seguir las indicaciones de su acompañante. Media hora más tarde. Baxter puso en marcha el motor del automóvil.

Ella observó que Baxter no encendía los faros y que, además, rodaba a una marcha muy moderada. Al cabo de unos minutos llegaron a las inmediaciones de la loma.

En aquel lugar, el camino atravesaba una especie de hondonada muy angosta, de paredes verticales, pero de escasa elevación, menos de tres metros. Baxter paró el coche primero y luego maniobró para

dejarlo cruzado, de modo que obstaculizase por completo el camino

— ¿A quién cortas la retirada? —preguntó Beryl, al adivinar sus intenciones.

—Alguien intentará escapar —respondió él, sentenciosamente.

—Budd, ¿por qué me ayudas?

Baxter demoró la respuesta unos segundos. Podía haber dicho que lo hacía por amistad entre las dos familias, lo cual, en el fondo, era cierto. En realidad, sus motivos se basaban, estrictamente, en conseguir que se hiciera justicia a una joven despojada de lo que legítimamente le pertenecía.

—Te he hecho una pregunta —insistió Beryl.

—Ya te he oído. ¿No conoces la respuesta?

—Tú y yo no nos habíamos vista jamás. La relación de amistad era entre los dos viejos, aunque debo admitir que mi abuelo fue el que aconsejó llamar a un Baxter. Pero tú eres el nieto y no tenías ninguna obligación hacia mí.

—Beryl, no te pongas tierna. Te diré la verdad: no actúo sólo por amistad. Cuando hayas recobrado lo tuyo, te pasaré una factura muy elevada.

—Pagaré —dijo Beryl, resueltamente.

Baxter palmeó su rodilla izquierda.

—No esperaba menos de ti —dijo—. ¿Vamos?

Salieron del coche y reanudaron la marcha a pie. Unos minutos más tarde, se hallaban a cien metros del castillo, ocultos tras un espeso seto de boj.

Había luces en la planta baja y, también, en el primer piso. Baxter vio, asimismo, una luz encendida en el torreón del lado oeste.

De pronto, alguien asomó por la puerta principal. Baxter vio que empujaba un extraño carrito. El hombre se detuvo y movió la mano derecha. Un potente reflector se encendió de inmediato y barrió con su resplandor el terreno situado ante la fachada principal.

—Agáchate —susurró Baxter.

El poderoso resplandor se extinguió a los pocos minutos. Baxter levantó un poco la cabeza. Desde allí, apreció satisfecho, no se podía ver su coche atravesado en el camino.

La puerta se cerró. El carro con el reflector quedó fuera, sin embargo.

—Ven conmigo —dijo Baxter, súbitamente.

Corrieron en silencio. Baxter alcanzó el carrito y examinó el foco. Al cabo de unos segundos, dio un fortísimo tirón al cable.

La conexión quedó rota. Baxter trabajó con el cable durante unos segundos y luego lo dejó de nuevo en su sitio. Al terminar, agarró a Beryl por un brazo.

—Ven —murmuró.

Se acercaron a una de las ventanas. Al otro lado del cristal, vieron a varias personas sentadas en torno a una mesa. Una de ellas era Helen Brown.

Boddus Corcoran figuraba, también, en el grupo. Era el hombre que había manejado el reflector.

Baxter caminó unos pasos, lateralmente, hasta situarse junto a otra ventana, que daba a una habitación en la que las luces estaban apagadas. Después de unos segundos de reflexión, indicó la joven que le aguardase en el mismo sitio.

A tientas, buscó un pedrusco. Corrió unos pasos, separándose de la pared oblicuamente y luego lanzó la piedra contra la madera del pesado portón.

El golpe retumbó sordamente, aunque con la suficiente potencia para ser escuchado desde el interior de la casa. Baxter volvió de nuevo junto a Beryl y la hizo tender en el suelo.

En la puerta se oyó, de pronto, un pequeño alboroto. La voz de Corcoran llegó claramente a oídos de Baxter.

—Aquí no se ve a nadie...

— ¡Enciende el reflector, estúpido! —gritó Helen.

Corcoran movió el interruptor y, en el mismo instante, se produjo un vivísimo chispazo.

* * *

Baxter sonrió en la protectora oscuridad. Las luces de Earnley Castle se habían apagado bruscamente, a consecuencia del cortocircuito que él había provocado. Corcoran blasfemó, a la vez que saltaba hacia atrás, espantado por el fenomenal chasquido.

— ¡Los fusibles! —gritó alguien.

—Pero ¿qué pasa aquí?

—Boddus, eres un animal...

—Antes hice funcionar el reflector y no pasó nada —se defendió Corcoran.

— ¡Adentro! —gritó alguien—. Es seguro que han venido. ¡Vamos a buscarlos por todas partes!

— ¡Primero los fusibles, imbéciles! —chilló Helen, fuera de sí.

Baxter, en el suelo, tenía la cara pegada a la de Beryl.

—Divertido, ¿no?

— ¡Cierto!, pero ¿cómo vamos a entrar?

—En seguida lo verás.

Corcoran estaba junto al carrito, sobre el que había colocado una lámpara portátil, a fin de alumbrarse, mientras reparaba los desperfectos del cable. Baxter se puso en pie con gran lentitud.

La silueta del sujeto se divisaba con toda nitidez, a contraluz.

Baxter tenía, en la mano, una segunda piedra, elegida con todo cuidado.

Empleó la piedra como si fuese un *shuriken.* El proyectil partió sin demasiada fuerza, aunque con Una trayectoria nítidamente definida. Chocó contra la cabeza de Corcoran, un poco más arriba de la sien, en realidad, rozándole el cráneo, y rebotó casi verticalmente. Corcoran quedó encogido sobre sí mismo.

—Vamos —dijo Baxter.

En el interior del castillo proseguía el alboroto. Beryl tenía su mano en la del joven. Llegaron a la puerta, abierta a medias, y pasaron al otro lado.

—Ahora tienes que ser mi guía —dijo él.

—Está bien. ¿Adónde quieres ir?

—Arriba. Alison debe de estar en su habitación... que es la tuya.

Beryl tiró de Baxter.

—Cuidado, el primer peldaño —advirtió.

Subieron paso a paso. Cuando llegaban al primer piso, se encendieron las luces.

— ¡Boddus! ‘—gritó Helen—. A ver si arreglas ese maldito reflector de una vez.

Baxter y Beryl habían doblado ya la esquina del primer piso, adentrándose por el corredor. De pronto, ella se detuvo ante una puerta de bien decorados paneles de madera de roble.

—Tiene que estar aquí —murmuró.

Abajo sonó un grito:

— ¡Boddus está sin sentido!

Alguien blasfemó.

—Pero ¿cómo diablos...?

—El *cómo* importa poco ahora. Lo que interesa es encontrar a ese maldito entrometido —dijo Helen Brown, descompuestamente.

Baxter abrió la puerta. Alison estaba tendida en su cama, aunque vestida, leyendo un libro, y se incorporó, enormemente sorprendida al ver a dos personas a quienes ciertamente no esperaba.

—Usted —dijo.

—Yo mismo —sonrió Baxter—. Ella, por si no la conoce, es Beryl Egan, la auténtica dueña de Earnley Castle.

La rubia sonrió desdeñosamente.

—No podrá demostrarlo —dijo.

—Tal vez no, pero sí podrá demostrar que usted es Fay Tower, una antigua trotacalles, a chelín la hora de placer.

CAPITULO XI

La cara de la impostora se puso gris.

—Sabe muchas cosas —dijo.

—Bastantes —admitió Baxter—. Admito que ha desempeñado bien su papel, que es elegante, refinada, distinguida... la persona idónea para convertirse en la heredera de Henry Larrymore. Pero *no* es la heredera auténtica.

Fay se puso en pie.

—Ahora ya no tiene sentido negar la verdad —contestó—. Pero no deben olvidar que un juez dictó sentencia. ..

—La sentencia, cuando se basa en el error, puede ser revocada. Usted declaró ser Alison Larrymore, presentó los documentos pertinentes y el juez resolvió a su favor.

—También hubo testigos...

—Lo que lo testigos declararon fue, no que usted resultase ser la nieta de Larrymore, sino que esta chica que me acompaña *no* lo era. Nadie dijo que usted fuese la heredera, sino que la demandante *rio* lo era. Ahora ya comprende la diferencia, ¿verdad?

Las manos de Fay cayeron de pronto a los costados.

—Sabía que esto no podía durar mucho —dijo.

—Pero estaba dispuesta a vender.

— ¡Claro!; ése fue el trato.

—Con Helen Brown.

—Sí.

—Helen llevó el peso de las que podríamos llamar negociaciones, pero, en realidad, dirigida por otra persona.

—Cierto —admitió Fay.

—Y con la colaboración inestimable de alguien que podía ayudarles con sus conocimientos legales.

—MacDonald Woodle, el abogado.

—Exactamente. Pero hay algo que no acabo de entender. Mejor dicho, lo ignoro.

Fay se acercó a la mesilla de noche, abrió una pitillera de plata y sacó un cigarrillo, cuyo extremo golpeó varias veces en el dorso de su mano.

— ¿Qué es? —preguntó, mientras acercaba la llama de un

fósforo al cigarrillo.

— ¿Por qué aceptó usted?

—Por dinero. ¿No ha sabido verlo?

Baxter meneó la cabeza.

—No es *toda,* sino *parte* de la verdad —dijo intencionadamente —. Usted no es tonta, Fay. Supo elevarse desde su primitiva situación, porque tenía condiciones para ello: es hermosa, distinguida, refinada... pero, por lo mismo, sabe perfectamente que ha tenido que hacer cuanto le ordenaron ellos. ¿Por qué les obedece?

—El plan me pareció disparatado, apenas me lo explicaron. Yo quise negarme, pero no pude. Woodle tiene unos documentos que me comprometen.

—Chantaje —adivinó Beryl.

—Sí —admitió Fay.

Baxter se volvió hacia la muchacha.

—Así se comprende la ejecución del plan —dijo.

—Yo no lo comprendo —contestó Beryl.

—Es bien sencillo. Necesitan una heredera, para vender todo. Luego, cuando hayan conseguido su objetivo, la heredera no será necesaria.

Fay se alarmó.

— ¿Quiere decir que van a matarme?

—No me extrañaría en absoluto. A usted la eligieron porque era la más adecuada para su objetivo. Pero también previeron la posibilidad de que, una vez reconocida como heredera, quisiera desligarse de ellos. Los documentos que la comprometen, evitarían su... deserción.

—Ahora ya lo entiendo —dijo Beryl.

— ¡Oiga! ¡Eso de matarme es muy fuerte...!

—Los dos hombres que robaron la caja fuerte, están muertos. John Stephens, jefe de contabilidad del viejo Larrymore, que debía de sospechar algo, también está muerto. ¿Cree que usted va a ser más obstáculo que los otros?

Fay se pasó una mano por la garganta.

— ¡Oigan, yo dejo esto ahora mismo! —exclamó—. Siento infinito perderme esta buena vida... pero prefiero la otra, mucho más larga, no sé si he sabido explicarme bien.

—Ha sabido explicarse perfectamente, Fay —sonrió Baxter—. Y para que viva muchos años, con su verdadera personalidad, nosotros la ayudaremos, si usted se muestra dispuesta a corresponder.

—Por supuesto. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—En primer lugar, ¿sabe dónde están los documentos robados, que fueron pieza básica en el juicio?

—Abajo, en el gabinete privado del viejo. Están en una caja

fuerte…

—Es la habitación que vimos a oscuras, al lado de la otra en que se celebraba la reunión —aclaró Beryl.

—Usted conoce la combinación, me imagino, Fay.

—Sí, aunque a estas horas, es probable que ya no estén. Los tendrán ellos…

—Pero siguen aquí. Baxter meditó unos instantes en la forma mejor de recuperar los documentos, pero antes de que pudiera tomar una decisión, se oyeron pasos precipitados en el pasillo.

— ¡Beryl, viene alguien! —exclamó.

La cama era enorme, con dosel sostenido por columnas artísticamente talladas. Las ropas llegaban hasta el suelo.

— ¡Vamos, abajo! —ordenó Baxter.

Apenas se habían escondido, se abrió la puerta.

— ¡Alison!

— ¡Un momento, estoy en el baño!

Alguien entró en el dormitorio. Baxter alabó el sentido de oportunidad de Fay, que la había hecho correr al baño, a fin de hacerles ganar algún tiempo.

—Baxter ha entrado en el castillo —dijo Helen—. ¿Lo has visto?

Fay asomó la cabeza, envuelta en una toalla.

— ¿Baxter? ¿Estás loca? —rió.

— ¡Alison, no me gustan ciertas expresiones! —protestó Helen, airadamente—. Termina de vestirte y baja al salón.

—Ahora iba a meterme en la cama…

—Si no bajas antes de cinco minutos, haré que te lleven a rastras, aunque sea desnuda.

—Está bien, pero ¿qué es lo que quieres?

—Tienes que firmar los documentos de poderes legales.

La puerta se cerró de golpe. Fay se quitó la toalla de la cabeza.

— ¿Han oído? —dijo, al salir del baño.

Baxter empezó a moverse, para abandonar el escondite.

—Sí, es el paso lógico —manifestó—. Usted firma ahora el apoderamiento, en favor de Woodle, y éste venderá todo en su nombre. Es la jugada perfecta.

Fay se retorció las manos…

—Entonces, apenas haya firmado, me liquidarán —dijo.

—No, necesariamente, esta noche. Resultaría demasiado sospechoso, aunque es de suponer que buscarán la ocasión propicia. Venderán todo; las cuentas corrientes quedarán a nombre de Woodle… y entonces, usted irá a reunirse con sus antepasados.

Fay sintió un terrible escalofrió.

—Ese no fue el trato —dijo.

—Por eso tiene que ayudarnos. Ande, baje al salón y diga que sí,

que va a firmar, pero demore la operación cuanto pueda. Lea los documentos, ponga inconvenientes... Mientras no firme, vivirá.

—De acuerdo.

Beryl había salido, también, de debajo de la cama. Fay se atusó el pelo, compuso el gesto y se dirigió hacia la puerta.

Cuando alargaba la mano para abrir, alguien lo hizo desde el exterior. Armado con una pistola, Boddus Corcoran penetró en el dormitorio, sonriendo torvamente.

—Quizá hayan engañado a Helen, pero no a un sabueso de olfato tan fino como el mío —dijo.

* * *

Beryl emitió un débil gritito. Baxter extendió una mano.

—No hagas ruido —aconsejó—. Y quizá a Boddus no le guste, tampoco, demasiado alboroto.

— ¿Por qué no? —rió el hampón—. La pistola no lleva silenciador. A mí no me importa el ruido en absoluto.

Beryl adelantó, súbitamente un paso.

—Boddus, la auténtica heredera soy yo. Pásese a mi bando; le recompensaré principescamente —exclamó.

Corcoran lanzó una risita.

—No me convencen —respondió. Retrocedió un paso y alargó la mano hacia el cordón que había junto a la puerta—. Ahora pediré ayuda y...

— ¡Aguarda! —pidió Fay—. Ella ha dicho la verdad. Boddus, te conviene ayudarla.

—A mi modo, me gusta ser fiel —dijo el sujeto—. Y este asunto puede proporcionarme mucha *pasta.*

—A Artie le proporcionó una bala en la nuca y un chapuzón en el Támesis. Mike corrió la misma suerte. ¡Pedazo de estúpido!; ¿acaso crees que saldrás mejor librado? —le apostrofó Baxter—. Ahora quieren que Fay firme los documentos que permitirán a Woodle manejar los bienes de Alison a su antojo. En cuanto lo hayan conseguido, ¿qué utilidad tendrás tú para ellos, lo mismo que Rayner?

Corcoran se echó a reír.

—No crea que voy a tragarme ese cuento —respondió

—Está bien, entonces, haré otra cosa. —De súbito, Baxter saltó hacia su derecha y se situó detrás de Fay, a la que agarró por la cintura—. ¡Aquí, Beryl!

La chica corrió a situarse tras él. De pronto, Corcoran se encontró con que su pistola apuntaba a Fay.

—Si la matas, ellos te despellejarán vivo —advirtió Baxter—. Necesitan su firma, más que todas las cosas de este mundo,

¿comprendes?

Corcoran vaciló un momento. Al fin, tiró la pistola al suelo.

—De acuerdo, ustedes ganan —rezongó.

Baxter abandonó el parapeto que era el cuerpo de Fay y empezó a cruzar el dormitorio.

—Lo siento, Fay, pero era la única salida...

Súbitamente, Corcoran se arrojó sobre la pistola. Baxter comprendió que el hampón había fingido rendirse, para obligarle a abandonar su posición. Pero ya estaba demasiado cerca y tuvo tiempo de disparar el pie derecho contra la muñeca de Corcoran.

El arma voló por los aires. Corcoran lanzó un gruñido de dolor, a la vez que se tambaleaba. Una fracción de segundo más tarde, el codo de Baxter se disparó hacia arriba, buscando una barbilla, que acertó plenamente.

—Fay, baje y entretenga a Helen y a los otros —ordenó Baxter —. Haga lo que le dije antes.

—Está bien.

—Pórtese con naturalidad. Aparecerán esos documentos y no tendrá que temer a nadie.

Fay salió del dormitorio. Baxter y Beryl quedaron a solas.

— ¿Y ahora? —preguntó ella.

Baxter estaba rasgando ya una sábana, en tiras, para atar al desvanecido Corcoran.

—Tú sabes dónde tenía el abuelo, la caja fuerte —dijo.

—Desde luego.

—Ellos han podido cambiarla...

—Si he aprendido a conocer a los tipos como Woodle, la clave sigue siendo la misma. Woodle gozaba de toda la confianza de tu abuelo. Además, tenía, tiene mejor dicho, la seguridad de que el plan es perfecto y que no puede fallar. Por lo tanto, no habrá cambiado la clave.

—Creo que tienes razón —sonrió ella.

Baxter se arrodilló junto a Corcoran.

— ¡Átale los tobillos! —ordenó. Y continuó—: Yo procuraré entretener a la pandilla. Tú, puesto que conoces bien el castillo, irás al gabinete de tu abuelo y recuperarás la documentación. Cuando lo hayas conseguido, haz una señal... Por ejemplo, puedes tirar algo contra una de las ventanas y romper un cristal. ¿Entendido?

—Sí. ¿Qué harás tú?

Baxter terminó de atar las muñecas de Corcoran y, con otra tira de tela, le tapó la boca.

—Voy a darles un disgusto de muerte —sonrió, a la vez que se levantaba de un salto.

CAPITULO XII

— ¿De modo que tengo que firmar aquí? —dijo Fay.

Woodle le tendió su pluma.

—Sí, en efecto.

— ¿Necesita mi firma?

—Alison, no hagas preguntas —exclamó Helen, fríamente.

—Bueno, pero no entiendo por qué yo no puedo administrar mis propios bienes...

—Ningún potentado lo hace, mujer —dijo la pelirroja—. Los ricos se preocupan sólo de vivir a lo grande, mientras otros trabajan para ellos.

Había un hombre más en la sala.

—Fay...

—Soy Alison Larrymore —le interrumpió la aludida, orgullosamente.

—Bueno, aquí todos sabemos quién eres. No nos hagas perder la paciencia. Firma y no se hable más.

Fay bajó la vista hacia los documentos.

—Aquí dice... Vaya, parece que voy a tener que ponerme gafas para leer. No entiendo bien...

Agarró uno de los documentos y lo puso lejos de sus ojos; todo cuanto daban de sí los brazos estirados.

—Aquí dice... —repitió. De pronto, entregó el papel a Helen—. Léelo en voz alta, ¿quieres?

Helen emitió una palabrota poco académica. Woodle empezó a impacientarse.

— ¿Es que no te fías de mí? —protestó—. ¿Ya no te acuerdas de lo que hice durante el juicio? No estarías aquí, si yo no fuese un buen abogado, ¿verdad?

—Bueno, pero es que...

La puerta se abrió en aquel momento. Helen se revolvió, furiosa.

— ¿Qué pasa ahora, Boddus?

—No soy Boddus. Soy Frank y no he visto a nadie en el castillo —dijo el recién llegado.

— ¿Dónde está Boddus? —preguntó Fay.

— ¿Qué diablos te importa a ti ese tipo? —clamó el abogado—.

¡Firma de una maldita vez!

—Mace, mira a ver si encuentras a ese bastardo de Corcoran —gruñó el otro sujeto—. Y a ver si entre los dos ponéis el castillo patas arriba: hay intrusos y hemos de encontrarlos antes de que sea demasiado tarde.

—Si encuentras algún intruso, tira a matar —ordenó Helen.

—Está bien.

Frank se retiró, cerró la puerta y se volvió. Entonces vio a Baxter frente a él. Abrió la boca, a la vez que metía la mano en el interior de su chaqueta, pero, en el mismo instante, los filos de dos manos, actuando demoledoramente, le hicieron parecer que le cortaban la cabeza a ras de las orejas.

Baxter recogió al sujeto .en brazos y lo llevó al hueco que había bajo la escalera. A prevención, le quitó la pistola, que lanzó al interior de un enorme jarrón de porcelana. Luego volvió a la puerta del comedor y la abrió ligeramente.

— ¡Basta de una vez! —decía Helen, en aquel instante—. Firma ya, y no te preocupes de más.

Woodle vio que se abría la puerta y lanzó una exclamación de ira:

— ¡Frank, por todos los diablos! ¡Se te ha ordenado que busques a Corcoran! —bramó.

—No soy Frank y Boddus está fuera de combate —dijo Baxter, alegremente.

* * *

Fay oyó la voz del joven y se retiró precipitadamente a un rincón. Helen se incorporó, con ojos llameantes.

—Tenías que ser tú —murmuró.

Junto a Woodle, Un hombre se puso en pie. Baxter le dirigió un jovial saludo con la mano.

— ¡Hola, Tom Nolan! —exclamó—. ¿O prefieres que te llame Hootie?

—El tipo es listo, infernalmente listo —comentó el aludido, con un gruñido. Baxter observó que tenía la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta—. De todas formas, yo tengo un remedio infalible para los listos como usted —agregó Nolan.

—Es posible —admitió Baxter, con naturalidad—. Usted tiene remedio para todo, incluso para liquidar a dos tipos llamados Artie y Mike. Artie, después de robar la caja fuerte, se dio cuenta de que había hecho el *primo,* aun contando con el dinero que encontraron allí. Mil libras, por algo que valía dos millones. Empezó a quejarse y usted lo quitó de en medio. Luego hizo lo mismo con Mike, justo cuando iba

a darme un nombre que usted mismo me facilitó más tarde. Porque también es usted muy listo y sabía que, dándome el nombre de Fay Tower, adormecería mis sospechas. Y también sabía, o mejor dicho, calculaba, que yo no tendría tiempo de actuar antes de que ustedes hubieran conseguido el objetivo.

Los labios de Nolan se contrajeron. Woodle, el abogado, por contra, estaba muy pálido. Baxter advirtió que Woodle sentía un miedo espantoso.

— ¿Cómo llegó a sospechar de mí? —preguntó Nolan.

—Es bien sencillo. Stephens también debió de sospechar... o quizá usted sospechó que podía sospechar, si vale la redundancia. Había sido hombre de toda confianza del viejo Larrymore... y usted su segundo en la sección de contabilidad. Hubo un tiempo en que se ganó la confianza de Stephens, pero éste lo despidió, cuando vio que esa confianza era inmerecida y que a usted le gustaba hacer malabarismos con los libros. A un experto como Stephens no se le podía engañar tan fácilmente.

»Pero la caja fuerte estaba oculta tras un muro de ladrillos. Alguien tenía que saberlo; alguien que había trabajado en la fábrica, una persona cuyo nombre, en tiempos, figuró en las nóminas de empleo y en las de la Seguridad Social. Pasé muchas horas en el Ministerio de Trabajo, ¿sabe, Tom?

Nolan le contempló con admiración.

—A mí no se me hubiera ocurrido —declaró.

—Puesto que Stephens estaba muerto, no cabía considerarle como cómplice en el robo, aparte de que su fidelidad al apellido Larrymore era algo incontestable. La única solución era usted... el hombre que después se hizo instructor en una academia donde enseñan Artes Marciales y de la que fue despedido por inmoralidades. Por eso maneja tan bien el taco de billar, como si fuese una *Naginata*... y por dicha razón, conocía perfectamente a los dos hombres indicados para la tarea de *reventar* la caja fuerte.

»Cuando el viejo Larrymore murió y no apareció su testamento, usted pensó que ello podía representar una bonita solución para sus problemas financieros. Pero necesitaba ayuda, ya que debía encontrar una heredera aceptable. La ayuda se la prestó Woodle en primer lugar y luego otra entrenadora del mismo gimnasio, joven, hermosa, inteligente y tan desprovista de escrúpulos como una pantera hambrienta. —Baxter se volvió hacia Helen—. ¡Hola, pantera! —saludó, jovialmente—. Sin embargo, cometieron un error. Yo sabía, desde el primer momento, que la que aparecía como Beryl Egan no era la auténtica heredera. Tampoco Fay Tower podía serlo.

— ¿Por qué? —preguntó Helen—. Nunca me lo he explicado...

Baxter se tocó el lóbulo de la oreja.

—La marca de los Larrymore: las orejas picudas

Nadie sabe por qué, pero se hereda indefectiblemente. Debe de ser cuestión de genética, aunque tampoco tiene mucha importancia. Recuerdo que, cuando el viejo Larrymore me tenía en sus rodillas, siendo yo un niño, se reía de sus orejas; decía que era un marciano. Ni Suzy Hatcher ni Fay Tower tienen esa característica hereditaria.

—No se nos ocurrió, en efecto —admitió Helen.

—En cambio, hay dos cosas que yo no he conseguido entender —dijo Baxter.

—Quizá podamos explicárselas —dijo Nolan.

— ¿Por qué secuestraron a Beryl? Si ya contaban con Fay, y el juicio les había sido favorable, el secuestro resultaba absurdo.

—Tenía que estar oculta, durante una temporada, mientras Suzy Hatcher desempeñaba su papel, sobre todo, delante de usted. Luego la habríamos dejado libre; ya no la necesitábamos para nada.

—Con el tiempo, podría haber intentado la revisión del juicio —dijo Baxter.

—Es probable, pero, para entonces, ya habríamos volado.

—Con el botín, claro. ¿Qué irte dicen de la caja fuerte oculta tras una pared de ladrillos?

—Larrymore sospechaba ya de Woodle y no quería que le jugase una mala pasada. Por otra parte, el viejo se había arrepentido y quería que la nieta disfrutase de su fortuna. En alguna parte, había una carta dirigida por Larrymore á su nieta, indicándole dónde podría encontrar el testamento y todos los documentos de propiedad de sus bienes. Abrimos la carta...

—La tenía Woodle.

—No. Estaba en poder de un abogado conocido suyo. Un día, un ladrón entró en su despacho y revolvió todo. Encontró la carta y, prevenido, dejó otra de apariencia idéntica. Cuando llegó el momento, Fay fue a visitarle y se llevó la carta que sólo tenía papeles en blanco y que, lógicamente, no había sido abierta por el otro abogado. Este, por supuesto, no conocía personalmente a la heredera.

—Lo cual significa que, a última hora, el viejo se arrepintió.

—Era algo ya inconveniente para nuestros planes. Pero, de todos modos, lo conseguiremos.

Baxter volvió la vista hacia Fay, quien permanecía atemorizada en un rincón.

—Primero la obligarán a que firme y luego la liquidarán, en lugar de compartir la mitad del botín, como le prometieron —dijo.

Nolan sonrió cínicamente.

— ¡Qué remedio! —contestó—. Usted y Beryl desaparecerán...

De súbito, se oyó un tremendo estrépito de vidrios rotos en la habitación contigua.

— ¿Qué es eso? —gritó Helen.

—Lo que tenía que ocurrir, inevitablemente: la auténtica heredera, es decir, lady Larrymore-on-Earnley, ha recobrado todos los documentos —dijo Baxter, placenteramente.

Nolan lanzó un bramido de rabia y sacó la pistola. Moviéndose con la velocidad del relámpago, Baxter agarró a Helen por un brazo y la arrojó como si fuese una pelota. Ella giró un par de veces sobre sus talones y cayó sobre Nolan. El arma se disparó.

Woodle emitió un leve grito, y se llevó las manos al pecho. Nolan blasfemaba horriblemente, procurando apartar a Helen a un lado, ya que le embarazaba los movimientos. Baxter saltó sobre él y le golpeó sucesivamente la muñeca con los filos de ambas manos, en un doble *Kake shuto uke*, que hizo crujir ominosamente los huesos del antebrazo.

La pistola había caído al suelo. Baxter la apartó de un puntapié. Nolan, arrodillado, tenía el rostro contorsionado por el dolor de su brazo fracturado, que le hacía olvidarse de cuanto sucedía a su alrededor. Pero Baxter no se había quedado sin enemigos.

De pronto, oyó dos chasquidos.

Volvió la cabeza. Helen, con los ojos en llamas, había hecho surgir las cuchillas de las punteras de sus zapatos.

—He aprendido a conocer tus métodos de lucha —dijo—. Esta vez no fallaré.

—Aunque me mates, no conseguirás nada. Beryl ha escapado con los documentos. El dinero que os facilitó Woodle para financiar la operación, ha resultado tan inútil como vuestro esfuerzo.

Helen no dijo nada. Simplemente, gritó:

— *¡Kiai!*

Y se lanzó hacia adelante, en un enorme salto, moviendo ambas piernas en fulgurante tijereteo.

Esta vez, Baxter no cometió el error de echarse hacia atrás.

Apenas vio que ella iniciaba el salto, se agachó primero y luego se tendió casi por completo. Cuando Helen estaba sobre él, se incorporó de un salto. Su espalda golpeó a la pelirroja en las caderas, haciéndola perder el equilibrio, por completo.

Helen cayó de bruces, pero ya no tuvo tiempo de incorporarse. De dos rapidísimos taconazos, ' Baxter clavó sus zapatos al suelo de madera pulimentada.

Ella gritó horriblemente. Baxter repitió la operación. Las cuchillas de acero quedaron hundidas hasta el borde de las punteras de sus zapatos.

Antes de que pudiera hacer nada, Baxter arrancó el cordón de una de las cortinas y le ató las manos a la espalda. Nolan se incorporaba en aquel momento y trataba de alcanzar la pistola con la

mano izquierda. Baxter le golpeó despiadadamente en un costado, con el pie. Nolan quedó tendido en el suelo, gimiendo abyectamente.

A continuación, Baxter se acercó a Woodle. El abogado estaba sentado en el diván, con la mano a la altura del corazón. Tenía los ojos abiertos, pero ya no veía nada.

—Nolan, le aseguro que lo va a pasar muy mal —dijo Baxter.

—De eso estoy seguro —sonó, de pronto, una voz en el umbral de la sala.

Baxter se volvió y divisó a un hombre de unos cincuenta años, macizo, de pelo entrecano y mirada firme.

— ¿Quién es usted? —preguntó.

—Felton, inspector jefe de Scotland Yard.

Baxter extendió una mano.

—Además de haber dado muerte a MacDonald Woodle, ese hombre es el asesino de dos tipos llamados Artie y Mike Heats. Ella es su cómplice y los dos son suyos, inspectores.

Felton asintió.

—Estarán en una cárcel de su Majestad mucho, mucho tiempo —vaticinó.

* * *

Pocos días más tarde, Baxter recibió una invitación para cenar.

Un severo mayordomo le abrió la puerta. A los pocos minutos, la dueña del apartamento, acudió a saludarle.

Baxter se quedó boquiabierto. Beryl vestía un traje de gala, de pesada seda color amarillo paja, y se adornaba con una fina diadema de platino y brillantes. El escote del vestido era muy moderado, aunque permitía ver el cuello de cisne, rodeado por un hilo de perlas. La indumentaria se completaba con la banda multicolor, que iba del hombro izquierdo al costado opuesto, la divisa del clan Larrymore. Los colores de la banda, en cuadros escoceses, eran rojo, verde, negro y amarillo.

—Estoy viendo a la auténtica lady Larrymore-on-Earnley —dijo Baxter, al inclinarse para besar su mano.

Beryl hizo aletear sus espesas pestañas.

—Estás viendo a una mujer agradecida —murmuró.

La cena fue servida con todos los requisitos por dos doncellas, vigiladas por el impasible mayordomo. Después, les fueron servidos café y licores en una salita íntima.

Cuando el mayordomo trajo el servicio, Beryl dijo:

—Egon, todos ustedes tienen la noche libre.

—Gracias, milady.

Baxter y Beryl quedaron a solas, charlando de mil temas

intrascendentes, durante unos minutos. Al cabo de media hora, ella se levantó.

—Volveré en seguida —dijo.

Cuando regresó, vestía de modo muy diferente. La única prenda que llevaba era una bata de encajes, transparente. El pelo estaba suelto y caía en largas ondas sobre los hombros.

La salita estaba vacía. Beryl se sorprendió, primero. Luego vio un papel sobre la mesita.

El papel contenía un mensaje:

«TENGO EL TIEMPO JUSTO PARA TOMAR EL AVION. LAMENTO DESPEDIRME DE ESTA FORMA TAN POCO CORTES, PERO ME CONSIDERO PAGADO CON LA CENA.

»Budd.»

Los ojos de Beryl se llenaron de lágrimas. Aquel hombre no sería para ella. No, *Budd* Baxter no era hombre capaz de atarse a una sola mujer.

Beryl se hubiera sorprendido de saber que Baxter era, también, un poco mentiroso. Su avión no salía hasta el día siguiente, a las doce del mediodía. Y él tenía tiempo más que sobrado para entretener la espera.

Media hora más tarde de haber abandonado la casa de Beryl llamaba a una puerta. Al abrirse, apareció Fay Tower ante sus ojos.

— ¡Hola! —sonrió la joven.

— ¿Puedes invitarme a una copa?

—Claro. Entra.

Fay cerró.

—He destruido los documentos —dijo.

—Lo celebro infinito.

—Tengo grandes posibilidades de conseguir un buen empleo.

—También me alegro mucho. Fay, yo quería decirte una cosa.

— ¿Sí?

—Mañana me vuelvo a Nueva York, pero el avión no sale hasta el mediodía. Esperar en el aeropuerto es muy aburrido.

Fay sonrió.

—Aquí se te hará el tiempo más corto —respondió cálidamente.

* * *

— ¡Al fin has vuelto! —gritó Denis Gray, cuando vio a Baxter en una de las pantallas.

—Aquí me tienes; de nuevo he regresado al hogar —sonrió él—. ¿Todo bien?

—Todo bien. Aquí, nosotros, trabajando como negros, mientras

que milord se entretiene socorriendo a doncellas en apuros y viudas desvalidas, peleando contra los molinos de viento…

—Algunas de esas aspas hacían mucho daño, Denis —dijo Baxter, pensativamente—. Pero tú ya conoces mi modo de pensar.

—Demasiado —masculló Gray.

Baxter se quedó pensativo unos instantes.

¿Habría un próximo caso? ¿Alguien se vería en una situación crítica, de la que sólo podría salir con procedimientos fuera de lo común?

La justicia y la razón se veían conculcadas y atropelladas muchas veces. Por supuesto, él no podía arreglar el mundo… pero sí un pedacito de ese mundo. Alguien, un día, le necesitaría y le ayudaría, sin *pedírselo*, porque él no precisaba de llamadas de socorro para hacerlo con quien de veras se lo merecía.

—Te has quedado callado —observó Gray.

—Perdona, estaba distraído. Pensaba… estuve a punto de tener un castillo en Escocia.

— ¡Un castillo en Escocia! —resopló el director de la agencia.

Baxter volvió a sonreír.

—Haz funcionar la grabadora. Quiero hacer un relato del caso y archivarlo para lo sucesivo. Puede resultarnos útil en el futuro, Denis —dijo.

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

Impreso en España